

En cualquier lugar
que nos sorprenda
la muerte

FELIPE VIÑALS

LECTURA COLABORATIVA

Cada régimen tiene su escritura.

Roland Barthes

Para la juventud maravillosa; para aquellos que con su cuerpo, sus vidas, su pasión y sus ideales forjaron el camino a la Libertad y la Democracia.

o

Para los generales, coroneles, oficiales y soldados que conservan puros los valores de la Patria, quienes en la hora decisiva entregaron sus vidas para salvar a la Nación.

Depende.

O.T.

Prólogo

Asunto: Incidentes de seguridad en Estuarios
De: Montone Ricardo
Para: Intendentes; Damas de Caridad; Comisiones
Fecha: 25 de enero 2008, 17:07

Estimados propietarios, como Intendente de Ciudad Estuarios, es mi responsabilidad alertarlos sobre los lamentables episodios de los últimos días.

El viernes por la tarde se detectaron dos explosiones simultáneas en La Isla, que afectaron las cámaras de seguridad y la fuente ornamental del acceso.

Nuestra investigación posterior reveló que los destrozos fueron provocados por artefactos caseros, cuya procedencia no podemos determinar aún.

Sin embargo, como varios de ustedes me han manifestado, el origen más probable de este ataque contra nuestro hogar y nuestra forma de vida esté allí donde ya sabemos, y nos sobran los motivos para suponerlo: hostilidades previas, problemas con la justicia, gente que vive uno

no sabe muy bien de qué... sin educación, impresentables usurpadores disfrazados, aprovechadores, cachirulos, en fin...

Nosotros decimos *STOP. That's it!* Vamos a tomar todas las medidas pertinentes contra los responsables ¡y que no nos molesten más!

La intención de Estuarios es no denunciar los hechos hasta no haberlos esclarecido un poco más. El departamento de relaciones institucionales los contactará oportunamente con instrucciones para responder posibles cuestionarios de la prensa o las autoridades, en caso de que los hubiere.

Saludos cordiales,

Ricardo Montone

CEO, Intendente General, *Life Coach, Grateful Husband, Mindful Freak*

Estuarios S.A.

Avenida de las Conchas 6, Edificio Torres del Delta,

Ciudad de Estuarios, Prov. de Buenos Aires

Antes de imprimir este mensaje, piense en su responsabilidad con el medio ambiente.

1

En aquellos días de 2008, la máxima aspiración de Juan Salvador de Avellaneda era obtener su título de militante. Completar un entrenamiento que lo integrara a un pelotón neomontonero, erpiano, maoísta o de cualquier otro ejército popular. Le daba más o menos igual. Y tampoco le importaba mucho que toda esa guerra quedara en el pasado. Porque en la memoria de muchos, y sobre todo en la de un joven fuera de serie como él, la aspiración hacia un mundo de justicia y de igualdad estaba más viva que nunca. Creía en eso de tomar el cielo por asalto, y que la insurrección seguía activa aún, en estado latente. Y en que, finalmente, iba a poder dar un día la vida por Perón. O sea, por el pueblo. O sea, por la patria. O sea, por el Ejército. Del Pueblo. Así me lo manifestó.

A los 25 años, y con una carrera en curso en la facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Católica, Avellaneda carecía de enlaces en cualquier movimiento, revolucionario o de otro tipo. Era difícil también que los encontrara allí donde vivía, en un barrio dentro de la urbanización privada Estuarios, una aglomeración de casas para la clase media acomodada, construidas en torno a lagunas artificiales sobre lo que había sido un bañado de doscientas hectáreas, apenas a 20 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires.

Pero confiando en que la oportunidad se presentaría pronto, alternaba sus lecturas revolucionarias con un programa de entrenamiento bélico diseñado por él mismo e inspirado en el *Manual del guerrillero urbano*, del brasileño Carlos Marighella. En un viejo cuaderno Rivadavia, anotaba los progresos de cada día, como partes de una guerra que luchaba todavía en solitario. Una lucha para la que se venía preparando desde hacía al menos ocho meses, cuando empezó a visitar con frecuen-

cia una casa de rezagos militares en Campo de Mayo, y a hacerse llamar indistintamente Ernesto Farabundo, Camilo Sputnik y Silvio Narciso¹, como le decía su padre; o Comandante Tercero, como se denominaba con creciente frecuencia a sí mismo.

Lo acompañaba en estas prácticas su novia, la hija de una almacenera de Villa Etruria. Glenda era dos años menor y poseía un espíritu capitalista que hubiesen envidiado los pioneros de Nueva Inglaterra; él, sin embargo, se empecinaba en confundirla con La Maga. Porque todo Compañero debía tener su Compañera; y de los tres o cuatro modelos disponibles, se agenció el arquetipo de la musa cortazariana, un vestigio del espíritu del 68 que no podía cuajar con la realidad presente de ninguna manera.

Durante el mes de enero, Avellaneda estuvo consagrado a ejercicios de tiro, a la confección de explosivos y al espionaje intrafamiliar. También a entrenar junto a su novia en “arme y desarme”, la práctica de robarle su arma reglamentaria a un policía.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —preguntaba Glenda.

1 En la preparación de estos apuntes para una segunda edición de la autobiografía de Avellaneda, me topé con un manuscrito de su progenitor, Pino Fasullo, fechado en 1995, que echa alguna luz sobre este frenesí nominativo:

Ya lo dijo Silvio. “Ojalá que tu nombre se le olvide a esa voz”. Bueno, yo te digo al revés. Ojalá que tu nombre no se le olvide a esa voz. ¿Se entiende? Ojalá que tu madre te siga nombrando con esos apelativos mágicos de la primavera revolucionaria de 1983, que le envié por correo certificado desde París, cuando ella me avisó que tu llegada al mundo era inminente. Aquí tengo la hojita de borrador con la que los fui componiendo.

Te pusimos Ernesto Farabundo Fasullo A. de Avellaneda.

Pero habíamos considerado:

Ernesto Cardenal

Camilo Sputnik

Silvio Narciso

Te pido que conserves estos bellos “Yoes” contrafácticos que son también tuyos, y los adoptes (quizás como nombres de guerra, quizás como nombres de amor) en este maravilloso camino de utopías, de saberes, de metas, de articulaciones, de sujetos, así como de objetos, de poner en práctica lo que se aprende, y aprender lo que la práctica enseña; de inmiscuirse, de entrar sin pedir permiso, de hacer lío, de revolver la revuelta hasta que no quede nada en su lugar. Va mi abrazo: es una bala de Ballester Molina, un lirio de relojería cuyo cable rojo es la pasión, cuyo cable negro es la bella muerte. Mi abrazo es un pan partido, una palabra, un grito amigo que dice: “oficial Mono Navajo, ¡presente!”.

—Son artes marciales para defender el almacén.

Luego, en los recreos, el aspirante practicaba acciones de propaganda sobre ella, abordando distintos temas de la actualidad política, con el objetivo de conseguir la adhesión de eventuales opositores o indecisos. La Guerra de Posiciones. Conversaciones de este calibre podían tener lugar:

—¿Qué me hablás de Pueblo, vos, gil, si vivís adentro de un tupper?
—decía La Maga.

—Pueblo es la sabiduría innata, el saber que surge de la humildad, la Tierra, la sangre, las venas abiertas, la memoria, lo que tienen los que solo pueden ofrecer su trabajo y son triturados por el capital concentrado. Pueblo es Patria.

—¿Y qué es Patria?

—Es la gran masa del Pueblo, pero también su redentor: Perón.

—¡Pero Perón murió hace más de cuarenta años! Además, cero república el viejo choto, quería un partido único.

—La república es un invento burgués. Él hablaba al Pueblo en nombre del Pueblo.

—O sea, que se hablaba a sí mismo. Porque me acabás de decir que Perón es el Pueblo.

—Sí. Y en un desdoblamiento sobrenatural, es también la Patria.

—Entonces, ¿para vos el Pueblo tiene razón siempre?

—Así es, jamás se equivoca.

—Deberías conocer a los clientes del almacén...

—Desconozco sus vicios. Pero en todo caso surgen del *establishment*, que pervierte con su esquema de valores erróneos a los más vulnerables. El Pueblo es bueno. Mejor dicho, es el Bien. Y también la Verdad.

—¿Y por qué Menem ganó la reelección con el cincuenta por ciento en 1995, y sacó la mayoría de los votos en 2003?

—El Movimiento es como una mujer que no tiene carácter ni personalidad propia, sino que es el hombre el que se la forja. El Movimiento, al identificarse con el Pueblo, es Todo y es, a la vez, Nada. Es algo que puede ir para un lado o para otro. En dos palabritas: es un sentimiento. No se puede explicar.

Y así seguían, experiencia directa contra bellos conceptos, contabilidad contra Lukács, estadística financiera contra falsa conciencia de clase. En fin, la felicidad...

Al finalizar una práctica extensiva de remo o nado, tocaba la hora de almuerzo en lo de Avellaneda. De uniforme negro, la empleada doméstica les servía la comida, entre adornos de plata y obras de grandes pintores argentinos, solo para ellos dos. Los demás estaban de vacaciones.

Durante el resto del año, el tardío leninista habitaba esa mansión en compañía de Marcial, su hermano menor, la madre de ambos y Ricardo Montone que, además de intendente del country, desde poco tiempo después de mudarse a Estuarios, era la pareja de su madre.

Ninguno estaba muy al tanto de sus actividades. No le conocían ocupación alguna fuera de esa interminable licenciatura, y tampoco sabían que, unos días antes del abrupto final para su *summer* 2008 en Punta del Este, Juan Salvador acababa de realizar su debut como Comandante Tercero, con una voladura simultánea en veinte cámaras de seguridad y en una fuente ornamental de acceso al complejo de barrios cerrados.

—¿Qué fue eso? —preguntó el cacique Mariano García.

Iban en una lancha taxi por el canal navegable que servía de límite natural —y frontera defensiva— al country.

—¿Lo qué? —respondió el Gitano, uno de los Titanes.

—Algo como una explosión grande y varias más chiquitas... Vinieron de allá.

—¿De nuestro barrio? —dijo el Gitano.

Se volteó hacia la orilla opuesta al perímetro cercado, alambrado, electrificado y monitoreado por el circuito cerrado de Estuarios.

En su lado de la orilla, la vida era muy distinta a la del country. Distaba casi un abismo. O, mejor dicho, distaban al menos dos clases de abismos; unos físicos, como los cercos y alambres, eso que Estuarios llamaba “zona de seguridad” —una franja de lotes vacíos por donde patrullaban día y noche vigiladores a sueldo— y las aguas infestadas de desechos industriales del Canal Central; otros, intangibles.

Porque, a pesar de que bastaba sortear algunos cientos de metros y un pequeño puente, en realidad, Villa Etruria era como otro país. Allí, los niños jugaban en las orillas del arroyo, o remontaban las vías abandonadas del tren en improvisadas zorras, en medio de un remolino de moscas y perros. Poco que ver con la pautada rutina de entrenamientos de rugby, clases de inglés y ocho horas diarias de colegio de los pequeños countristas.

Este gran asentamiento estaba delimitado por una avenida comercial a la que el country daba su nombre; un gran predio alambrado, propiedad de Estuarios; un camino sin asfaltar donde había guarderías náuticas, galpones municipales y un campo de deportes; y el canal central, que desembocaba en el río Luján. Dentro de este prisma irregular de aguas marrones y calles de tierra, se levantaba un sinnúmero de casas y una perenne humareda densa, que hacía arder los ojos y pringaba la piel. Eran columnas de humo blanco que provenían de braseros escondidos en casas mal ventiladas, de fogatas encendidas para reducir lo obtenido en incursiones a la planta de tratamiento de residuos, de parrillitas que cocinaban tortillas de harina y grasa, de escapes de autos vetustos que

circulaban cargados de mercaderías.

—No, de Estuarios —dijo el Hombre Polilla, otro de los Titanes.

Uno dice “Los Titanes” y los imagina en sus años de gloria, dorados en aceite de bebé, afeitados y musculosos, rebosantes en sus trajes de *spandex*, vitoreados y victoriosos. Pero en esa lanchita, en 2008, eran una masa compacta de humanidad que se repartía estratégicamente para que la embarcación no escorara. El Gitano, con matas pelirrojas entrecanas asomando por cada orificio corporal, anillos de oro en la mano izquierda, una manopla en el bolsillo del jean, la camisa abierta. El Tahúr, con los ojos sombreados como un lémur por la melancolía acumulada, un tatuaje desfigurado de Eva Perón en el pectoral derecho asomando de la musculosa blanca. El Hombre Polilla, famoso en otro tiempo por “el latigazo”, era quien mejor conservaba la figura de antaño.

Desde las márgenes, algunos conocidos los saludaban, otros echaban vistazos predatorios a la lancha, como sopesando qué se podría obtener de ella. Grupos de niños pescaban mojarras. La pequeña nave avanzaba por el canal y a ellos, que conocían el asentamiento hasta el último recoveco, cada tramo les hablaba de una historia viva. Porque el loteo, que también Estuarios reclamaba, había sido ocupado hacía relativamente poco, en ráfagas de invasiones iniciadas a principios del 2002 que la televisión había documentado profusamente desde los canales de noticias las 24 horas. El cacique García se encontraba entre aquellos ocupantes y, aunque en ese momento no era querandí, una punta fluvial, que hubiese sido ideal para ampliar las marinas de los ocho barrios de Estuarios, se convirtió poco después en su morada. En virtud de un supuesto derecho ancestral, él y sus querandíes instalaron allí un templo de barro y paja, con dos o tres construcciones aledañas. Decían que esa tierra era sagrada, porque cerca de allí habían dado muerte a Don Pedro Luján cuatrocientos años atrás.

A pesar de que, para redactar el encargo de Avellaneda, hice numerosas investigaciones en archivos, poco o nada pude hallar en las fuentes históricas tradicionales sobre la cultura querandí, la que se había revitalizado o reimaginado a raíz de unos hallazgos arqueológicos no confirmados; y una nueva camada de querandíes, que había vivido soterrada, afloraba ahora a la tierra, con ritos chamánicos y expediciones

nómades, mitad inventadas, mitad recordadas.

Uno de los exponentes de la nueva generación de querandíes era ese Mariano García, un hombre alto, huesudo y de oficio incierto, con dos pies como los de Patoruzú y una mirada ceñuda y mal barajada, casi esculpida en su rostro. Vivía en concubinato con dos o tres mujeres y regenteaba de facto una porción de la villa. Decía descender de la línea que había derrotado a los españoles en la primera fundación de Buenos Aires.

Lo cierto es que, hasta el momento en que pudo conciliar esa identidad ancestral, García tuvo mil y una ocupaciones más o menos lícitas, entre las que se contaba, por ejemplo, recolectar y filtrar las aguas de bañados y lagunas infestadas de mosquitos para extraer sus larvas y venderlas a criaderos de peces. También dicen que fue empleado de Estuarios.

Costó encontrarlo, luego de que cambió su suerte con todo lo que pasó, pero me las ingenié para conseguir de primera mano sus testimonios, muy valiosos para reconstruir esta secuencia temporal.

2

Después de las explosiones, la familia Avellaneda regresó de urgencia de sus vacaciones. Primero lo hizo Montone, al día siguiente de los sucesos.

Como cada mañana, Ernesto Farabundo ya tenía en la cama el desayuno que le había subido la empleada doméstica: en una prolija bandeja estaban sus medialunas recién horneadas, su café molido costarricense, la prensa diaria y dos paquetes dirigidos a Juan Salvador Avellaneda, con semillas de caña azucarera y municiones, que había comprado por internet. Con la cavidad bucal todavía impregnada por el regusto a pilas sulfatadas de sus muchos cigarrillos de la noche anterior, se dispuso a pasar revista a *Mujer Country* y *Prensa Obrera*.

Mujer Country no mencionaba nada acerca de las explosiones en Estuarios, pero sí relataba la gran ceremonia religiosa que a las puertas del complejo había realizado la comunidad de pueblos originarios de Villa Etruria, esgrimiendo consignas, que el editorialista condenaba, contra la empresa. No le extrañaba en lo más mínimo que los medios de comunicación fueran parciales a los intereses de la desarrolladora, anunciante frecuente de sus suplementos inmobiliarios.

De repente el joven interrumpió la lectura de *Prensa Obrera* e hizo silencio para escuchar los detalles de una conversación telefónica que le llegaban desde el piso de abajo.

—Sí, tuve que volver antes de las vacaciones. Aprovechemos. ¿Qué disponibilidad vas a tener de las retroexcavadoras y las topadoras que te había pedido para febrero? Claro. Bueno, no me vas a cobrar lo mismo ahora que es enero. ¡Si tenés las máquinas paradas en un galpón, flaco! Bueno, dale. Está bien. Hay que trabajar en la zona de Villa Etruria, el lote que es nuestro, el que no pudieron ocupar los villeros. Vamos a empezar por ahí.

No eran ni siquiera las diez y ya estaba Montone a los gritos, con sus negocios, sus órdenes, su arrogancia. La calma en la que había vivido durante casi todo enero se estaba esfumando rápidamente.

Entró al cuarto de baño y se miró al espejo. Un vellón espumoso entre los músculos pectorales poco desarrollados, una postura corporal deficiente, unas patas de alambre. Montone, en cambio, era un hombre que a los 55 años se mantenía ágil y elástico; tenía mucho pelo y pocas canas, cosa que le daba un aspecto aún más excepcional y lo distinguía entre los ejecutivos de su generación, que se habían pasado capeando una crisis económica atrás de otra, muchos de ellos dejando cabellera, pulmones, corazón y vida en el camino. “No importa —escribió en su bitácora de guerra—, la verdadera fuerza del militante está en su intelecto, en su capacidad estratégica, en su sangre fría”.

Los azulejos color crema de las paredes le parecían de una blandura empalagosa, un reflejo de cómo había cambiado el carácter de su madre desde que convivían con el intendente. El diseño del ambiente y en particular del *vanitory* (palabra que le procuraba particular escozor), ambos copiados de revistas de interiorismo, hablaban de una falta de personalidad y estilo, y de un ser para afuera, que lo enfermaban.

Después de una higienización selectiva, preterición de las duras jornadas guerrilleras sin acceso al agua potable de su vida heroica, estaba ya cambiado para la victoria, su uniforme partisano y militante emanaba el apacible aroma del apresto.

Su padrastro levantó la vista de su BlackBerry y lo vio aparecer en el living como algo violentamente irreal, un quiebre absoluto del orden social, como si un payaso de circo emergiera de la sacristía precedido por monaguillos, como si un oficial dirigiera el tránsito de una intersección completamente desnudo, como si un empleado bancario trabajara vestido de empanada. ¿Qué eran ese quepis, esa estrella roja, ese dibujo con birome azul del Che Guevara en el antebrazo, la patética barba rala y los borceguíes lustrosos?

—Juan, buen día. ¿A dónde vas así vestido?

—Me llamo Ernesto, ¿te acordás? ¿Vestido cómo?

—Ah, cierto. Ernesto Furibundo. Estás como para entrar al rodaje

de esa película de Woody Allen, la de los guerrilleros.

El otro lo miró lívido, en rencoroso silencio, porque era muy sensible a las burlas.

—Bueno, ¿qué tal vienen esas vacaciones? —preguntó Montone, para distender la conversación.

—Acá, sigo estudiando para rendir la materia que me había quedado colgada de tercer año. ¿Y mamá y Marcial cuándo llegan?

—Mañana. Me tuve que volver por esta fucking explosión, ¡me quiero matar! No sabés qué regio el tiempo que estaba tocando, después de cinco días seguidos de lluvia... Tendrías que haberte venido una semanita, *man*.

—No me siento cómodo en Punta del Este.

—¿Ah, no? ¿Por?

—Mucho cheto y mucho garca juntos.

Montone tosió incómodo. Un tic ligero le contrajo el pliegue de los párpados, aunque pronto recobró el dominio.

—Oíme, Juan, digo Furibundo... Bueno, Ernesto. ¿Sabés qué bien te vendría a vos volver a pasar unos días allá? La casa de tu madre está bárbara. Además, podés hacer muchos contactos, te pueden servir para el futuro.

—¿Qué futuro?

—Progresar en una carrera, trabajar en lo que te gusta. Yo te puedo ayudar.

Montone había presenciado en los últimos dos años el proceso gradual de radicalización del mayor de los hijos de Silvia como en segundo plano: un libro sospechoso tal día, cierto fallido *tattoo* de Guevara otro, arroz con frijoles, el horror de la rima de Milanés, las hagiografías de convictos y prófugos internacionales... Sin duda, era esa rara dinámica familiar en torno al padre biológico —una figura esquiva y huidiza, cuyo ridículo nombre de guerra en los años 70 había sido “Mono Navajo”, y de quien no estaba permitido divulgar que continuaba vivo desde

hacía veintinueve años—, lo que perturbaba a ese chico malcriado.

—¿Me querés ayudar?

—Sí, quiero ser tu amigo, seamos *mates*, ¿ok?

—¡Qué manía tenés! ¿Por qué metés frases en inglés yanqui todo el tiempo?

Ernesto Farabundo sabía poco de la vida de su padrastro. Entre las cuatro paredes de la casa familiar, este se jactaba de su origen humilde, aunque se cuidaba muy bien de ocultarlo en el mundo de sus relaciones comerciales e impostaba las maneras de la burguesía acomodada con el fervor de un converso.

Lo que conseguí averiguar yo es lo siguiente: Montone era oriundo de Ibicuy, un pueblo al sur de Entre Ríos, lugar apacible a orillas de un río tributario del Paraná. Su padre era peón rural, su madre reparaba calzados, zurcía. Todavía viven los dos, aunque no fui a verlos. Perdió dos hermanos por la meningitis, cuando no habían alcanzado ni los tres años de edad. Él creció como hijo único. Cursó la escuela con muy buenas notas, fruto de sus propios recursos, pero también de la atención que su madre le prodigaba y de la laboriosidad que le inculcaron ambos padres. Ingresó a la universidad y siguió una carrera también brillante, que resolvió en pocos años, robándole horas al sueño y acumulando sobretiempo en sus dos empleos. Y así, el ahora intendente había dado un salto cualitativo bastante infrecuente, porque en la sociedad argentina, dicen, hacen falta en promedio seis generaciones para que se produzca la movilidad ascendente en la escala de ingresos.

¿Cómo se explicaba eso? Su trabajo en la gerencia financiera y administrativa de varias multinacionales, caracterizadas por el rigor y la prolijidad, no estaba exento de audacias, como la movida de retirar, a cuenta de su empleador de entonces, todo lo que atesoraba en plazos fijos. Esto sucedió en diciembre de 1989, en el alba del Plan Bonex, esa medida desesperada para detener la hiperinflación por la que el gobierno confiscó el dinero depositado en plazos fijos y lo canjeó por bonos a diez años. Montone había logrado, con esa jugada maestra, preservar la actividad de la compañía y ascender en la escala jerárquica hasta ocupar la gerencia general.

Otra vez, ya trabajando para Estuarios, hizo fortunas con la compra a valor rebajado de los bonos de emergencia emitidos por las provincias en la crisis del 2001: los Lecor, Patacones, Quebracho, Evita, esos que todos despreciaban, llamaban “papel pintado” y se querían sacar de las manos lo más rápido posible. Se los vendían al diez, doce, quince por ciento de su valor nominal y él, al llegar la fecha de pago, reclamaba a los distintos estados provinciales hasta sacar el ciento por ciento más intereses. Esa facilidad para las finanzas le permitió remontar posiciones y llegar a ser, en el presente, la mano derecha del mega empresario Huberto Borrero en su unidad de negocios de barrios cerrados.

En cualquier caso, todas esas cualidades eran muy poco atractivas para Farabundo. Él continuaba cursando materias de la facultad y no tenía ningún apuro en salir a conquistar el mundo bajo las reglas del capitalismo. En sus siete años de carrera en la Universidad Católica, los jóvenes que cursaban los primeros años, muchas de ellas egresadas de colegios de élite nombrados en honor de santos británicos o irlandeses, contemplaban esa improbable figura de borceguíes y guayabera como una aparición emergida de sus inconscientes. Algo inverosímil, surreal y peligroso, que conjuraban susurrando a sus espaldas ese apodo que era una de las primeras cosas que aprendían los ingresantes, como la ubicación de los baños y las manías del cuerpo docente: “ahí va el militonto, el Guevara con OSDE, el de la *gauche paquette*, la bella alma de Grecia”.

No había transcurrido un día de su regreso y Montone ya estaba convocando a su despacho en el edificio Torres del Delta a un gerente de la empresa en quien el barrio tercerizaba el mantenimiento de la seguridad. Sospechaba que detrás del atentado contra la fuente ornamental estaba uno de esos indios querandíes piojosos. Meterse con la fuente ornamental. Con su sistema de cámaras de seguridad, que le había valido en expensas un ojo de la cara a los vecinos, pero que era un orgullo. Ahora, el sistema de vigilancia estaba desmantelado, el barrio se hallaba a merced de cualquier vándalo y la empresa proveedora no podía garantizarle un reemplazo para las cámaras rotas, porque tenían bloqueada la importación.

“Nadie puede acá sentirse inseguro, tenemos un circuito cerrado que compite con el de Londres y que la Ciudad de Buenos Aires

quizás en veinte o treinta años llegue a igualar”, había escrito en uno de sus regulares comunicados oficiales por correo electrónico. Estas circulares eran una forma de practicar la cercanía y a la vez saciar el hambre de normas y regulaciones de los vecinos, que les eran necesarias para sentir la presencia apaciguadora de algún orden.

En compañía del experto en seguridad, revisó nuevamente el registro de las cámaras. A Montone le insumía unas tres horas analizar una cinta de 90 minutos. Lo hacía con la meticulosidad de un bioquímico. Pasaba una y otra vez las grabaciones. Porque uno de sus vicios —totalmente inofensivo— era pesquisar el circuito cerrado aunque no ocurriera nada. Su costumbre de mirar trascendía la seguridad, era una pulsión.

En torno a la fuente, el día de los estallidos, se registraba muy poca actividad: unos autos estacionados que arrancaban la marcha perezosamente, vecinos que pasaban haciendo sus rutinas de *fitness*, contratistas realizando trabajos, las camionetas de reparto de los proveedores entrando o saliendo del country. Más tarde, al ocaso, unos adolescentes en ropa de colegio besándose. Ya cerca de la madrugada, los consuetudinarios consumidores de porro: el hijo menor de los Mareco y sus amigotes, semillas de maldad, a quienes ya había pescado haciendo trapisondas en filmaciones anteriores. Los mariguaneros se retiraban y a los quince minutos la imagen parpadeaba y se fundía a negro, como fruto de la explosión. Nada.

Repetió la búsqueda en las grabaciones de los días previos a las detonaciones. Se veía merodeando por la zona a los personajes de siempre. Pero en un minuto de las tres de la tarde, en apenas una esquina de la imagen, casi invisible, el intendente le gritó al contratista: “¡Párelo ahí! ¡Ponga cámara lenta!”. Aparecía una extraña figura, detrás de uno de los vecinos más respetables de Estuarios, con una máscara.

En la pared de la oficina, en uno de los televisores que sintonizaba

todo el día el canal de noticias, apareció la figura del líder de los querandíes, ese que usaba el pelo largo atado en una colita. A esa altura de los hechos, para el intendente todo lo malo que estaba ocurriendo era obra de ese indio García, o falso indio, o lo que fuera. Le atribuía, inconscientemente, una inteligencia descomunal, la fuerza de un buey, la capacidad estratégica de un estadista, la astucia para tramar mil artimañas. No podía probarlo, pero seguramente él estaba detrás de las explosiones.

Estaban transmitiendo una entrevista reciente, en una protesta frente al ingreso de Estuarios.

—Señor García, ¿cuál es el reclamo de ustedes?

—Nosotros venimos a reclamar al gobierno provincial que tenga en cuenta los derechos ancestrales que nos corresponden sobre estas tierras y que ahora esta empresa privada, esta desarrolladora, viene a usurpar y a mancillar. Hace seis generaciones que mi familia está en esta zona y ni siquiera la dictadura nos pudo correr de acá. Imagínense si este señor de saco blanco, este Montone, va a poder.

—¿Qué les dice a los vecinos del barrio privado que quieren hacer acá un centro recreativo como donación a la comunidad querandí?

—Que se vuelvan a donde vinieron, que se vayan a Las Cañitas, a Palermo, que nos dejen de joder acá. No vamos a ceder ni un tranco de pollo.

—La gente del country se pregunta cómo van a responder por los destrozos.

—¿Usted me vio quemar algo, destruir algo?

—Algunos se los atribuyen a ustedes...

—No me vengan con chismes, ¿vos sos periodista o qué? Hablemos de hechos, si tienen alguna prueba que la lleven al juzgado.

“Muy hábil”, musitó Montone.

El cacique era un contrincante con demasiada información sobre Estuarios. Sabía a la perfección que la fracción donde plantó su wipha-

la era, por su proyección náutica, una de las más codiciadas entre las cinco hectáreas que Estuarios y un empresario rival se disputaban en la Justicia. Montone había buscado aislarla y protegerla de la ocupación ilegal del resto del predio, alambrando y montando guardia diurna. Para burlar esas medidas, García llegó, acompañado de su gente, en canoas, por el río Luján y, rápida y sorpresivamente, lo desalambró y ocupó en nombre de sus derechos ancestrales. Aprovechando el límite defensivo que significaba la unión del canal con el río, se hizo fuerte allí. Esa misma noche construyeron una apacheta, y luego el *Opy*, su santuario.

En numerosas oportunidades, después de consumado el hecho, Estuarios los amedrentó con topadoras y retroexcavadoras, intimidó con la policía y con matones privados, les vertió residuos y los ahumó con quemas controladas, todo para ahuyentarlos.

Pero ninguna de estas acciones había podido contra la determinación de ese grupo de personas en busca de sus orígenes. Construidas sobre pilotes, las casas del Querandí, las de sus guardias de corps y también el *Opy* permanecieron. Más tarde, el gobierno provincial les reconoció el estatus de lugar sagrado y les otorgó legitimidad.

El intendente apagó la TV con un suspiro de disgusto. Le pidió al jefe de seguridad que reforzara el patrullaje y la vigilancia en el perímetro del barrio. Se despidieron y abandonaron juntos la oficina.

Montone revisó en su BlackBerry los recordatorios de reuniones pendientes del día. Debía recibir *in situ* a la empresa que repararía la fuente ornamental. Traspasó la puerta y salió a la humedad del verano que, en ese pantano cinco estrellas, se mostraba particularmente hostil. Llegó hasta la fuente. Vio los escombros y apretó fuerte las manos, se lo veía ofuscado. Es que ese monumento representaba, para él y para muchos vecinos, algo así como una piedra fundamental, un símbolo quizás emparentado con la Estatua de la Libertad. Estuarios también había sido receptor de las diásporas de quienes encontraron allí un nuevo estilo de vida, de mayor contacto con la naturaleza, unas relaciones interpersonales sin sobresaltos, en un ambiente homogéneo, donde todos eran iguales.

El diseño estuvo a cargo de un reconocido escultor italiano, que había cobrado una pequeña fortuna por ello. Cuatro arcos de una alea-

ción especial de acero se cruzaban imitando la trayectoria del agua. En cada una de las esquinas, diferentes animales de la fauna de Estuarios escupían chorritos de agua: el sapo, el carpincho, el tero y el mosquito. Este último había significado un desafío especial para el herrero, porque debía lograr un tamaño realista, pero con un chorro que fuera de igual grosor y potencia que los de los demás animales.

Y ahora, todos esos emblemas hechos pedazos por una explosión. A esto se sumaba que uno de los arcos estaba torcido y el sistema de riego no funcionaba. Era una declaración de guerra.

El emisario de la empresa de restauración evaluaba daños y anotaba en una libreta las especificaciones que volcaría en un presupuesto.

—Escúcheme, esto lo vamos a reparar en el menor tiempo posible, cueste lo que cueste. Si usted me tiene que cobrar una fortuna, lo pondré como expensas extraordinarias a los vecinos. ¿Me entiende?

El contratista sonrió con una mueca de complicidad y se estrecharon la mano.

Mientras recorría la zona devastada, transpirando su uniforme *Callaway* de golfista bajo el sol asesino de fines de enero, Ricardo Montone se repitió que no iba a permitir que anularan su carrera. Quien fuera que le estuviera poniendo palos en la rueda lo iba a pagar. Él sabía hacer de la adversidad oportunidad. Iba a usar este episodio para poner de rodillas a los vecinos del barrio rebelde y a forzarlos a negociar en las condiciones más favorables para él y sus jefes.

Justo en el punto final de ese monólogo rabioso lo sobrevoló rasante una inambú, también llamada perdiz chica, que le depositó en la visera de su gorra de cincuenta dólares la mezcla de heces, uratos y orina que configuran la deposición normal en la mayor parte de las aves.

3

Un día después que su marido, regresó a Estuarios Silvia Avellaneda. Ella tampoco aparentaba 51 años. Parecía ser, por lo menos, una década más joven; los suyos eran un cuerpo y una personalidad trabajadas por todo tipo de rutinas, terapias, dietas y rituales, como las constelaciones familiares, la astrología, el tarot, el Método Silva y las clases del profesor Lottito. Era la renta de unas dos manzanas y media, estratégicamente ubicadas en Puerto Madero y que le pertenecían por herencia, lo que le permitía disfrutar esa vida de permanente dedicación a sí misma.

La señora ingresó a la sucursal del exclusivo supermercado Ultra, dentro de Estuarios, con la intención de comprar útiles para los exámenes de marzo de su hijo menor. Iba acompañada por Ernesto, a quien había hecho madrugalar y estaba de un humor de perros.

—Hola, ¿cómo le va? —entónó.

Ella usaba una modulación vocal adecuada para cada interacción con el personal subalterno; en este caso, para saludar al empleado de seguridad que custodiaba el supermercado, era un cantito que culminaba con un leve vibrato que se podía interpretar como un gemir. Ahora, ¿guardias en Estuarios? ¿Para proteger de qué peligros?, podría preguntarse uno. Si la verdad compartida establecía que allí no existía el delito, que ya habían logrado filtrar lo malo, feo y errado del mundo exterior. A pesar de ello, muy pronto iba a cobrar sentido ese pasivo estado de alerta que era el sustrato de la vida social.

El guardia miró con gesto torcido al militante de borcegués y guayabera; la visita de los antisociales, excéntricos y sospechosos siempre resultaba una visión ingrata para los de su gremio.

Al final del pasillo, Silvia divisó a la madre de un compañero de

Marcial. Se preparó mentalmente para saludarla y entablar el *small talk* en torno a los tópicos habituales. Después de besos y efusiones, se dijeron que parecía mentira que sus vástagos empezaran ya cuarto año, y que a los Avellaneda les hubiese gustado quedarse los cuatro días restantes en Uruguay, porque el tiempo estaba divino, sobre todo la última semana, pero que habían emprendido el regreso inesperadamente por unas explosiones en la fuente ornamental, de las que quizás ella había oído algo.

—¿Explosiones? Ni idea, gordita. No escuché nada. ¿Así que se tuvieron que volver por eso? ¡Qué *bajóonn!* ¡Ay! ¡Qué lindos esos aritos! ¡Divinos! ¿Cómo está Marcial?

—Bien. Ya está en casa. Decile a Etel que cuando quiera venga, que mi chiquito lo extrañó horrores allá en Punta del Este. Bueno, te dejo, tengo que ir a mi terapia de constelaciones. Ah, ¿no sabés qué es? Uy, gorda, tenés que hacerlo, ¡te da vuelta la cabeza!

—¿No estabas con la terapia de las vidas pasadas?

—Sí, con eso sigo. Es los martes. Otro día te cuento bien. Nos vemos. ¡Muá, muá, muá!

El joven, que comparaba dos chocolates suizos, toleraba muy poco todo este cotilleo de señoras de clase alta. Con cara de muerte y el color de la cera en el rostro por haber dormido mal, se despidió de la otra mujer con un gesto de cabeza desganado. Su madre volvió sobre él.

—Gordi, pichón, si te pedí que vinieras fue para que pudiéramos ponernos al día. Hace más de un mes y medio que no nos vemos. No tenés que andar con esa cara.

—Estoy bien, ma. Es que no me gusta consumir por consumir. Además, tu hijo se podría comprar los útiles solo, ¿no? ¡Tiene dieciséis años!

—Me da un poco de gracia lo que decís. Si a vos te encanta ir de compras a Miami. ¡Qué poca memoria! El *Bal Harbour*, el *Aventura*, *Samgrass Mills*, ¿no te acordás? ¡Te compraste de todo!

—¡Por favor, mamá! Yo no tengo nada que ver con ese que fui antes. Mirá, si me vas a empezar a molestar con eso, ¡mejor me voy! —dijo el

militante, rojo hasta las orejas.

Emprendió la marcha hacia la salida del estacionamiento, con sus dos chocolates en el bolsillo femoral de los pantalones cargo.

—¡Juan Salvador Gaviota, volvé para acá!

—Basta, ¡no me llamo así! Sabés muy bien que mi nombre es Ernesto Farabundo Fasullo.

—A ver, a ver... Mostrame tu documento.

—No me jodas más, mamá.

—¿Por qué no te querés reconocer a vos mismo? Si mirás tu DNI vas a ver que dice bien clarito: Juan Salvador A. de Avellaneda.

—¡Horrible!

—Es un apellido de gente ilustre, de los que hicieron este país con su sangre y su sudor.

—Por lo menos no me pusieron Gaviota.

—Sí, no me dejaron —se entristeció Silvia.

—Bueno, se acabó. Me tengo que ir. De vuelta: mi apellido es Fasullo. Es el nombre que me legó mi padre, junto con su lucha. Chau, chau —dijo, y se retiró con un gesto obsceno.

Fue hasta el auto y sacó del baúl los elementos que había cargado para comenzar otra jornada de entrenamiento revolucionario.

“El soldado guerrillero deberá ser infatigable y, también, sufrido hasta un grado extremo”, decía el versículo marighelliano del día.

Ser sufrido hasta el grado extremo implicaba diversos renunciamientos con distintos matices de severidad. Uno era decir basta al consumo suntuario y al individualismo burgués. Eso era fácil dejar de lado. El gran problema era la paja, ese medio de control poblacional impulsado por el neoliberalismo. No podía dejar la paja. Tampoco renunciar a Herminia, la empleada doméstica, a pesar de que su madre seguía extrayendo y capturando valor de esa pobre mujer a cambio de un sueldo

de hambre.

De los escritos de Guevara, fuente de sabiduría inagotable, no tomaba solo respuestas para los dilemas políticos, también resolvía con ellos sus inquietudes más cotidianas, como las normas de etiqueta y vestimenta. Por ejemplo, es sabido que, en su juventud, Guevara usaba una sola camisa de nylon blanco que le aguantaba entre cinco y seis días antes de ser lavada y vuelta a usar, de ahí que le dijera “la semanera”. Bien, él había adoptado la misma filosofía con todo su guardarropa: intentaba no cambiarse ni la ropa interior ni las medias; pero en el caso de que, por cuestiones de maniobra o de alguna operación especial, su ropa se ensuciara o se volviera inutilizable, tenía dispuestos en el vestidor seis uniformes de guerrillero completos, iguales y listos para usar, que incluían: borceguíes negros, pantalones cargo, guayaberas, birretes y quepis, todo color verde militar.

Ernesto lucía esa mañana su uniforme completo. En la espalda llevaba un morral con motivos de llamas y cardones, con su caña de pescar ajustada a un lateral y, escondidos adentro, su cuchillo de caza, un kit de primeros auxilios y una bolsa de semillas de caña azucarera.

De camino desde el supermercado, se cruzó con algunos vecinos, que lo saludaban con un gesto entre amistoso y espantado, aunque siempre suspicaz. Nunca había podido integrarse a la vecindad. La repugnancia era mutua. A los vecinos, él les parecía un chico vicioso y resentido, paliducho y con una barba roñosa: un neurótico *mal*. Nadie entendía bien por qué, además, necesitaba andar siempre de fajina, hasta para tomar sol o jugar a las cartas en el *club house*.

Por su parte, últimamente él contrastaba todo —desde la arquitectura hasta la panificación— con la realidad del barrio popular. Recordaba el paseo de una de sus primeras salidas como novios con su Maga.

—Vení, bombón, me encargó mi vieja que le haga unas compras en el boli-shopping —le había dicho ella.

Lo que ella llamaba boli-shopping funcionaba en el edificio abandonado de una vieja fábrica de parabrisas que existía al final de la avenida Estuarios. En la carcasa que había subsistido al desguace de la empresa a mediados de los años noventa, se habían instalado un sinfín de pue-

tos que vendían de todo, desde indumentaria falsificada, hasta comida y estatuillas de santos y otras devociones populares. Convivían San La Muerte y San Expedito con el Gauchito Gil y las divinidades del candomblé, en yesos mal pintados y de apariencia quebradiza. El ingreso era por un playón, el antiguo estacionamiento de la fábrica, donde estaban instalados los vendedores de frutas, verduras y comestibles. Del interior pendían potentes lámparas de bajo consumo, que daban un aire frío y lúgubre al inmenso lugar, y no llegaban a iluminarlo del todo. Los precios de las mercaderías le parecían ridículamente bajos a Ernesto Farabundo, y lo fascinaba el carácter clandestino y proletario que todo poseía allí.

—¿Qué vienen a comprar ustedes acá?

—De todo. Al fondo hay alguien que vende suelto jabón líquido para la ropa, aceite, detergente. A ese le compramos por mayor y después lo fraccionamos nosotros.

Más tarde fueron a su casa. Tenía sentimientos mezclados ante el carácter precario de esa vivienda: el revoque sin terminar, la losa desnuda en el techo, las bombillas de luz colgando de los portalámparas... eso era el Pueblo y no podía considerarlo feo o antiestético, constituiría un acto inmoral hacerlo. Pero sin embargo...

No pude conseguir que él me lo confirmara, pero me imagino que lo que realmente lo excitaba en toda esa situación era estar en contacto con proletarios de verdad. Claro que ni Glenda ni su mamá se hubiesen catalogado así, ni tampoco como “villeros”. Es que el don del comercio latía, en esa dupla de madre e hija, con la fuerza de una pulsión. Y eso, se me ocurre que pensaban, era lo que las colocaba por encima de la masa del barrio popular, meros consumidores que vivían sin cálculo ni previsión. Los mil y un trucos del almacenero bonaerense los tenían todos: comprar mercadería a piratas del asfalto; a mayoristas, productos a punto de expirar; establecer para las mercancías con marca blanca o de tercera línea los mismos precios de aquellos de primera calidad; adulterar, rebajar, trucar, enmascarar. Todo en pos de la rentabilidad. Se podía decir, por tanto, que esta gente carecía de generosidad, pero que no lo hacían con maldad, era su forma de conducirse en los negocios, y como trabajaban entre diez y doce horas por día, se convertía en su forma de conducirse en la vida.

Con esa ética calvinista, cimentada en la rentabilidad y el sacrificio, casi nunca le regalaban ni una empanada, aunque se las vendían con un descuento preferencial, por supuesto. Y en más de una oportunidad le habían enchufado milanesas de vizcacha por rebozados de pata y muslo de pollo deshuesados. Siempre cobrando al contado y sin fiar.

El entrenamiento empezaría con tres vueltas a la cancha de golf. En total doce kilómetros abajo del sol impiadoso, solo llevando consigo una barra de cereal y una Coca-Cola. Una rutina durísima que templaría su espíritu para las grandes misiones que la Historia no tardaría en asignarle. Luego, continuaría su misión de reconocimiento de El Foco, una parte del country descubierta recientemente en sus incursiones tácticas y que casi nadie visitaba nunca.

Estuarios había dejado virgen un monte de unas dos hectáreas, a la orilla del arroyo, pasando la cancha de golf. Ese predio era conocido en los planos como “reserva de flora y fauna de humedal”. Esgrimían razones ecológicas para su conservación en estado agreste, era parte de la imagen de responsabilidad ambiental y social de la empresa. Pero en verdad no lo habían incorporado a la venta porque, cuando empezaron con el trabajo de suelos, descubrieron allí un cementerio de autos enterrados, probablemente obra de piratas del asfalto u otros delincuentes y asesinos, y en virtud de las implicancias legales y económicas, taparon todo con tierra de nuevo y decidieron explotarlo simbólicamente.

Bien, ese sería el lugar: El Foco.

Desde allí se expandiría la Revolución. ¿Acaso no había sido así en Cuba? Una veintena de hombres se había adueñado del poder desembarcando en una playa minúscula. Acá, ahora, era posible que ocurriera algo análogo. Él podía pasar a ser un nuevo mesías de la militancia y las casas de un millón y medio de dólares del country, su Sierra Maestra y a la vez su Zona Cero.

Lo primero era realizar un mapa del monte, qué vías de escape, caminos para introducir alimentos e instalar una antena de comunicaciones y recursos naturales existían allí.

Del diario de la guerrilla cubana en Bolivia extrajo muchas preguntas que Marighella, un estratega eminentemente urbano, no indicaba. ¿Habría vegetación que proporcionara alimentos, con los que nutrirse suficientemente en caso de asedio? Se podían plantar bananos, pero... ¿cuál era el ciclo del banano? De la palta lo sabía, eran cinco años. Claro que Ernesto Farabundo no podía esperar un lustro, necesitaba ponerse en movimiento ahora, cosa de estar listo para cuando se gestaran las condiciones objetivas de la Revolución, preparado para el momento en que las primeras escaramuzas encendieran la chispa de la conflagración final: en cualquier momento.

Y, además, necesitaba cavar para esconder, allí, los planos, documentos y datos de inteligencia que había ido recabando, así como toda otra información comprometedor para su futuro perfil público: algunas revistas pornográficas, que por el momento no había necesidad de sacrificar y álbumes de fotos que reflejaban un pasado liberal del que no dejaba de arrepentirse, y que sí convenía ir ocultando, con imágenes que lo mostraban paseando con su mamá en *Sea World*, disfrazado de Harry Potter en la *première* de la película en New York, y hasta sonriendo junto a Carlos Menem en una cancha de polo.

Camino al golf, el joven guerrillero se cruzó con el guardia que tenía asignado ese sector de su barrio en el turno mañana y lo patrullaba en un carrito eléctrico. Era un hombre enjuto y con un bigote entrecano que bordearía los 60. Se saludaron con una sonrisa. Eso también era hacer Pueblo. Casi en la entrada de la cancha, reconoció desde lejos a su padrastro. Se lo veía hablando con un tipo de apariencia importante, podría ser un inversor o uno de los socios de la desarrolladora. ¿Por qué Montone, al día siguiente de haber llegado de urgencia por las explosiones, se reuniría con esta persona?

Caminaban juntos hacia el acceso. Discretamente, unos pasos atrás, los seguía un guardaespaldas, modulando permanentemente una radio de banda. La cara del personaje le sonaba de alguna parte. ¿Quién sería?

De pronto, lo recordó: era un político. Lo había visto hacer un papel lamentable en el programa de Pablo Pentateuco, *Bailando con Pablo y las Estrellas*.

Se llamaba Gereede, integraba el bloque de diputados del partido

gobernante, probablemente en carrera hacia un puesto en el Ejecutivo.

“Conocer cómo esconderse y vigilar, conquistar el arte de tener paciencia ilimitada”, Marighella. Decidió ponerlo en práctica.

Se acercó discretamente a la dupla que avanzaba hacia el golf y fue bordeando la cancha, calculando que empezarían el partido en el cercano primer hoyo. Mientras tanto, iba desperdigando semillas de caña azucarera, extrayéndolas de a manos llenas de la bolsa que tenía en su morral. Escuchó la siguiente conversación:

—La primera sesión después del inicio del año legislativo va a ser muy importante. Creo que ahí tenemos chance de aprobar la ley. Con eso, ustedes van a tener luz verde para avanzar con Santa Evita. El Partido está dispuesto a apoyarlos. Yo ya presenté el borrador que ustedes me dieron. Hablé con varias comisiones y también con gente de las provincias, eso nos sirve para cuando la pasemos al Senado.

—¡Qué eficiente, Gerede! Buen laburo, *man*. Borrero va a estar contento.

—Lógicamente, nosotros también necesitamos el compromiso de ustedes.

—Pero escuchame, esto está acordado ya. Nosotros te dimos un anticipo.

—Sí, eso sí. Me refiero a otra cosa. Hablo de si podemos contar con ustedes para las elecciones presidenciales.

—Yo ya hablé con el directorio para que se aprueben cuanto antes los aportes a los organismos que ustedes nos dijeron. Tendré más respuestas sobre fechas y montos para la semana que viene, calculo.

—Bueno, la semana que viene tendré, entonces, un panorama más claro de la votación.

Después, no pudo oír más, porque el dúo se alejó hacia otro hoyo.

Para no perderse una palabra, tomó un carrito eléctrico, puso su bolsa entre las piernas y, como si fuera parte del personal de mantenimiento de la cancha, se mantuvo lo más cerca posible de ellos. Con su

mano libre, seguía dispersando semillas de caña azucarera.

Cada tanto, el guardaespaldas le echaba una mirada de costado.

—Hay otro tema que nos preocupa y es el reclamo de estos impre-
sentables que se dicen querandíes —oyó decir a su padrastro.

—Ajá.

—¿Qué se puede hacer con eso?

Había perdido de vista al guardaespaldas. El partido seguía ahora en medio de una tupida alameda que le hacía llegar apenas confusamente la conversación del intendente y el diputado. Decidió apearse del carrito y aproximarse sigilosamente para oír más.

De pronto, una mano lo tomó del cuello y lo arrastró violentamente hacia atrás, para afuera del vehículo.

—Hace una hora que estás siguiendo a Gereede.

—Putá que te parió, ¡soltame!

—Te doy treinta segundos para que me digas quién sos y qué estás buscando —dijo el patovica.

Lo tenía inmovilizado con una llave con la que le torcía el brazo y al mismo tiempo lo ahorcaba ligeramente, eso con una sola mano. Con la otra, registraba su morral, volcando al suelo y separando los efectos personales del guerrillero. Ajenos a todo, los golfistas continuaban esas estériles maniobras con bastones de hierro y de madera.

—Trabajo acá, estoy cuidando la cancha, soltame, por favor —suplicó.

Se sentía dolorido y doblemente humillado. En primer lugar, por la inferioridad física a la que estaba sometido; aunque también lo perturbaba una, digamos, humillación de segundo grado o metahumillación: la de verse sin poder controlar como un verdadero revolucionario sus emociones.

—Acá tenés un cuchillo, ¿esto lo usás para trabajar también? —y torció un poco más.

“Mantenerse calmado y tranquilo en las peores condiciones y circunstancias”, recetaba el gurú de la guerrilla. Como un mantra se lo repetía internamente, aunque no lograba recuperar el dominio sobre el miedo.

—Es para cortar el sedal, señor, yo pesco acá en el río.

—Tomátelas, ya mismo. Parecés medio boludo nomás. Pero mantenete lejos de mi cliente y la próxima vez que te vuelva a ver cerca no voy a ser tan amistoso.

Con odio, se zafó del apretón del gigante y se fue para el lado de las casas, restregándose el brazo donde la presión de la manaza había dejado una marca amarillenta y dolor. Antes de proseguir con el entrenamiento de esa semana (Marighella: “Nunca dejar huellas o trazos, no desalentarse”), quiso volver a almorzar con su madre.

Rumiaba, entre los paraísos y los jacarandás floridos, el amor propio herido por no haber enfrentado como un auténtico luchador popular al forzado que lo había hecho sentir un gusano.

Silvia dejó las bolsas de la compra al lado del cuerpo resignado de Herminia, que trabajaba para ella desde hacía más de veinte años y todavía no podía entender ni una jota de la vida de esa gente: ni las cosas que hacían, ni lo que decían, ni hacia dónde iban los destinos de cada uno de ellos. Herminia practicaba una suerte de mudo ejercicio antropológico observando la cotidianeidad de los Avellaneda.

—Herminia, querida. Acá traje lo que me pediste para hacer el pastel de papas para Ricardo, la tarta light para Marcial y los bifés para Gaviota y para mí.

—Bueno, señora. Ya me pongo a hacerlo.

Se sentó exhausta en el sillón y encendió la TV. Odiaba la programación matutina, la exposición impúdica de las vidas de los mediáticos y el perfil psicópata del conductor más popular, Marcelo La Toya, pero una especie de adicción culposa la llevaba a mirarlo todo, a querer sa-

berlo todo. Además, esa información que transmitía el programa era la moneda de cambio para muchas conversaciones de la vida cotidiana en Estuarios: cartas documento y mediaciones judiciales, rumores de infidelidad y filiaciones espurias.

—¿Está listo ya el living? ¿Repasaste bien? Mirá que dos menos cuarto viene el grupo de constelaciones.

—Sí, ya le dejé las cosas preparadas, señora.

4

Ernesto Farabundo Fasullo volvía a casa. Daba por sentado que el episodio con el custodio no acarrearía consecuencia alguna. En esos años, un estudiante —y el orangután había tenido entre sus manazas su credencial de la Universidad Católica— no consistía una amenaza creíble contra el sistema. Muy distinto a los años de La Voluntad, cuando chicos apenas egresados de la secundaria hacían tremendos descabros, se enrolaban para ir a la guerra o secuestraban y mataban generales del Ejército.

El aburrimiento lo vencía pronto en sus caminatas por Estuarios, allí donde la repetición del mismo patrón de variantes constructivas —fachadas, tejados, jardines multiplicados, como en los juegos de espejos borgeanos— lo agotaba. Su padre lo había llevado a recorrer París en clave de apreciación artística; allí, con la guía de un parisino por adopción (Pino Fasullo vivía hacía casi treinta años en la capital francesa), pudo internalizar lo que era el verdadero estilo, algo difícil de definir, pero que ese rejunte de mansiones hechas con placas de yeso, definitivamente, no tenía.

Vio a Silvia despidiéndose de una vecina, y a pesar del hedor a tabaco negro y sudor, pringados en su piel y su ropa demasiado gruesa, las facciones de su madre se iluminaron al notar su llegada. Entraron juntos al living, donde todavía permanecían los restos del *brunch* posconstelación. Todo había sido dispuesto con un gusto exquisito, con la temática *new age* que el evento requería. Velas blancas en enormes fanales de cristal colocados sobre grava gris. En el centro de la mesa, una gran bandeja con arena blanca evocaba los círculos concéntricos de un jardín zen. Música funcional, que hacía leve y calma la atmósfera del recinto. La luz se filtraba por tenues cortinas de lino. Jarras con *smoothies* desintoxicantes y té verde con limón y hielo se alineaban en la mesa de apoyo, junto a la cual, firme como un soldado, Herminia aguardaba instrucciones. Pronto todo se llenó del halo de rúcula fermentada que propalaba el taba-

co. Dispuestos en prolijos platos, en una mesa puesta de forma impecable, sándwiches de berro y huevo, medialunas y fetas finas de carne, junto a panes aromáticos de manteca, emitían aún perfumes que lo encandilaron, como en esas visiones del hambre del Coyote contra el Correcaminos.

—Gaviota, mi chiquito, ¿en qué andas pichón?

—Bien, preparando parciales.

—¿Quedaste enojado por la charla que tuvimos esta mañana?

—Mmm...

—Decime, ¿estás viendo a alguna chica, vos?

—Mmmmm... no, ¿por? —Devorando un sangüichito.

—Porque me dijo Herminia que estuvo viniendo una chica a casa este último tiempo.

—Ah, sí. Una compañera de la facu.

—Qué raro, ¿no es la hija de una señora que tiene almacén, en el barrio de al lado?

—¿Y? ¿No puede estudiar en la facultad?

—Sí, no, yo decía nomás.

—Bueno, no me estarás espiando, ¿no?

—Lo único que me faltaba, como si no tuviera cosas que hacer.

Y se puso a relatar las generalidades de la Constelación que acababa de tener lugar en el living de su casa.

—Mirá, es medio taller, medio terapia grupal. Lo que se busca es una reconciliación interior. Porque todos nosotros arrastramos toda la vida los efectos traumáticos del dolor, que es también el dolor que traemos en los genes, de nuestros antepasados. Gaviotita, ¿no sabés lo bien que te vendría a vos esto!

—Pero ¿hay algo científico en todo esto? Me suena a que es una

tremenda estafa. Vos, por las dudas, no firmes nada.

—Nada que ver. Esto no es tipo secta. La reunión la dirige un constelador, pero el trabajo lo realiza el grupo. Suponete que vos traés un problema, no sé, que tenés una relación conflictiva con tu padre. Entonces, en esa constelación, ocupás el rol del “cliente”. La gente se ubica en el espacio de acuerdo y va tomando el rol de cada persona que aparece en tu relato, generalmente familiares. También podés ser solamente participante, y en ese caso nada más aportás tu energía como observador, para que la constelación fluya.

—O sea, ¿es como un psicodrama? ¿Cómo una obra de teatro?

—No, nada que ver. No sabés qué fuerte lo que vivimos recién. Carmen Echegoyen está muy mal, porque se le murió una perrita caniche que tenía hace años. Y Gerardo Gorlero, el que vive sobre la Laguna Azul, hizo de representante de la perrita muerta. Andaba en cuatro patas. Al principio chillaba, pero después se quedó echado con las patitas para arriba, con una sonrisa en los labios, que era un amor. La perrita le estaba haciendo entender a Carmencita que estaba en paz. Ay, ¡quedé muy shockeada, Juani!

—¿Vos dejaste entrar a esa manga de *freaks* a esta casa? ¿Por qué no se dedican a trabajar por la gente necesitada? Van a ver lo bien que eso los haría sentir.

Pero ya llegaba el intendente, justo para participar en la conversación sobre constelaciones.

—Silvia, ¿no es que supuestamente uno no debería conocer a la gente que hace las constelaciones? O sea, creo que si son, tipo, vecinos, no sirve...

—Ricardo, ¿a vos te parece, con cómo está la situación en el país, que yo deje entrar gente desconocida a casa?

—No sé, tipo que el constelador los filtra, *or what?*

—Yo me quedo mucho más tranquila si es gente del country, además no es que los conozco-conozco...

—¡Pero si Gorlero vino, nada, mil veces a comer a casa!

—Ay, basta, Ricardo, ¿quierés? No me tires más mala onda, por favor, que quedé muy impactada por todo esto.

Montone saludó con una inclinación de cabeza a Herminia, extrajo del bolsillo de la camisa su BlackBerry Bold y, mientras revisaba sus *chats*, se apuró a encerrarse en el estudio. Ya adentro, abrió la botella de Glenlivet que tenía reservada para sus momentos de estrés. De una gaveta oculta en la biblioteca del estudio extrajo una bolsita; peinó una raya de cocaína sobre un espejo de mano.

Era una semana complicada para ser intendente de Estuarios. A poco menos de cuatro meses del intercountries, el progreso de los equipos de las distintas disciplinas deportivas dejaba mucho que desear. Y, por si fuera poco, alguien había filtrado a la prensa la voladura de la fuente ornamental. La mañana entera había sido un esquivar periodistas como ganchos al hígado.

Para una persona con trastorno obsesivo compulsivo y problemas de colon irritable, siete días de esto equivalían al Apocalipsis. Necesitaba recuperar el control. Se dirigió al fichero y consultó una carpeta con información de Mariano García, que combinaba los datos de su legajo de expleado de Estuarios con fichas aportadas por los servicios de inteligencia.

—Furibundo, querido, pasá por favor.

El joven entendió que, por el movimiento en el escritorio, había algo que el intendente deseaba ocultar de su mirada. Algo que quizás guardaría después en su caja de seguridad.

—Ricardo, unos días antes de que volvieran vino un señor a verte. Me dejó esta caja. Mirá, tiene el emblema de Presidencia de la Nación.

—Ah, gracias.

Miró la caja distraídamente y abrió muy grandes los ojos.

—Pero, pero ¡esto está abierto!

—Sí, perdoná. Me tomé la libertad de abrirlo... Qué interesan-

te. Pero ¿para qué necesitan ustedes los planos del Monumento al Descamisado?

—Eso a vos no te interesa, son cosas de la empresa. *My God, this is fucking crazy!* ¡No lo puedo creer!

—Bueno, como llegó a casa... pensé que si era algo de Estuarios te lo hubieran mandado a la oficina.

La exagerada actitud defensiva de su padrastro lo dejó tanto o más meditabundo. Esos planos que había estado espiando a la tarde eran los dibujos del faraónico monumento a los trabajadores. Proyectada por el gobierno de Perón, la obra había nacido trunca y la CGT la había reversionado alrededor de 1952, para trocarla en una Eva Perón colosal.

Montone también se quedó en silencio, desplegando ante sí el plano y haciendo números rápidos con una calculadora.

Se quedaron, luego, contemplando el ventanal hacia la gran laguna artificial.

Del otro lado de la senda cubierta de árboles que bordeaba la orilla, ocultos en la vegetación, cruzaban con sus bolsos al hombro los trabajadores que solucionaban la vida diaria del complejo: los electricistas, plomeros, jardineros y empleadas domésticas. Se volvían a sus casas despacio, conversando y dándose golpes amistosos, jugando carreras en sus bicicletas, pensando quizás en el próximo asado, la próxima cerveza, el descanso que les esperaba.

Crónica de la guerra revolucionaria

De todo lo que conseguí averiguar en estos cuarenta y cinco días sin mi madre ni el Cipayo Usurpador, quizás lo mejor fue descubrir el mapa de las cámaras de seguridad. El esquema sigue un patrón como el de una tela de araña: desde el nodo principal se vigilan diez calles a la redonda y, en el medio, está la fuente ornamental. El barrio entero sigue el mismo esquema. Si vuelan los nodos, vuela la vigilancia. Solo por joder, les voy a hacer saltar todo a la mierda con los explosivos de Campo de Mayo.

Vuelvo a releer este fabuloso material educativo que me dejó como legado mi padre, el Mono Navajo, partes de guerra también desde una trinchera lejana en la que me hubiera gustado estar a su lado. Pero la liberación nacional se debe imponer a cualquier anhelo o deseo personal pequeñoburgués. ¡Fuerza, Comandante Tercero!

“Había una vez un país en el sur del mundo, que estaba habitado por gente muy buena. Eran pobres. Pero el país era rico. Y lo gobernaban unos personajes poderosos, que recibían instrucciones de las potencias extranjeras. Por eso los denominamos cipayos, que era el nombre de los funcionarios nativos que respondían al dominio colonial inglés en la India durante el siglo XIX y parte del XX.

Para que vos lo sepas, hijito, en Argentina, ser cipayo casi siempre va unido a ser gorila. Gorilas les decimos a los que son opositores al legado del General Perón. Porque Perón encarnó y defendió los valores de nuestra soberanía. Soberanía quiere decir que nadie, salvo los argentinos, puede decidir en los asuntos de los argentinos.

Aunque muchas veces, para lograr ese objetivo, suele haber naciones hermanas que nos ayudan a conseguirlo. Por ejemplo, Cuba o la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que fueron lo más parecido que hubo en la historia a la Tierra de Jauja: un lugar donde la gente era feliz, donde el Pueblo organizado a través de sus representantes, los líderes de la Nomenklatura, se ocupaba de que a los niños no les faltara nada. Y nada, quiere decir que pudieran recibir la mejor comida gratis, la mejor calefacción gratis, la mejor educación gratis, y después, al finalizar sus estudios, todos consiguieran un empleo para devolver al Pueblo lo que el Pueblo les había dado. Un país donde nadie era egoísta y soñaban con que en todo el planeta se viviera así.

Claro que esto no se podía conseguir sin guerras, no, porque hay un súper Estado muy, muy malo que se llama Estados Unidos de América, que quiere dominar a todos los demás. Y para dominar a todos los demás fomenta cosas malas, por ejemplo, el individualismo.

¿Qué es el individualismo? Es que cada uno, en vez de trabajar para el Pueblo como yo te había dicho, trabaja para sí mismo. Y así es el reino del sálvese quien pueda. Y eso así no va.

Porque Estados Unidos, para hacer a todas las naciones cada vez más dependientes y cada vez más corruptos a sus gobernantes, nos envía su cultura: sus comics, sus canciones, sus películas hechas en Hollywood donde todos son blancos y rubios, y todas esas revistitas y animaciones lindas en realidad tratan de una sola cosa: el individualismo.

Y uno de los peores países del mundo es Israel, porque ahí se ocupan de que en toda esa parte del mundo, donde hay mucho, muuucho petróleo, reinen los valores del Imperio.

¿El petróleo para qué sirve? El petróleo sirve para que funcionen los aviones, los autos, los colectivos, los trenes. También sirve para potenciar la industria del plástico, porque como vos sabés las cosas que vienen de Estados Unidos son todas de plástico.

Por esta razón, Papi y los amigos de Papi se juntaron con mucha otra gente para formar un Ejército. Y ese Ejército lo que tiene que hacer es derrotar al otro ejército, el que se escribe así con letra chiquita, el ejército burgués.

El burgués es el cipayo. El que pelea a favor de Estados Unidos. Entonces, una vez que Papi y sus amigos tiren abajo el sistema burgués y se les caiga la máscara a los que defienden a los Estados Unidos, Argentina se va a parecer más a esos lugares libres, a Jauja, y desde allí va a liberar a todo el continente americano, como hicieron San Martín y Bolívar, hasta que llegue un día en que también se libere al Pueblo de los Estados Unidos de quienes lo sojuzgan y lo dominan. Aunque eso es más difícil”.

5

Un viejo Falcon pintado de rosa y con propaganda de la Ferro-quina Bisleri. Eso era algo de lo poco que el Tahúr, el Gitano Ramsés y el Hombre Polilla conservaban de sus años de gloria. Ellos habían sido parte del elenco del programa de lucha libre más visto de todos los tiempos en la televisión argentina. Les parecía ayer cuando, en pleno receso escolar de invierno, llenaban un Luna Park tras otro o firmaban autógrafos por la calle y frecuentaban a las modelos del momento. Desde el Bar El Cascote, miraban ahora una pelea de UFC.

—Vean esto, muchachos, ¡qué decadencia! Ahora se puso de moda ver a esos animales adentro de jaulas. Mirá, mirá lo que es el enfermo mental, mirá el codazo que le pega en el piso. ¡Ahora lo muerde!

—No se puede creer —dijo el Tahúr—. Y encima, ni siquiera van a ver la pelea al estadio... se ve todo por el cable.

—¡Pucha que cambiaron las cosas!

—Mirá, para mí el mundo se empezó a ir a la mierda cuando se disolvió la Unión Soviética. Esos fueron los mejores años del *catch*. El canto del cisne.

—¡Qué lindas épocas!

—¿Te sirvo un vermú más?

—Dale.

—¿Te acordás cuando nos consiguieron para ir a pelear a Las Vegas?

—Era cerca, no en Las Vegas.

—No importa, a mí siempre me hizo ilusión pasear en el hotel de las góndolas, como si fuera Venecia.

Cada martes, los tres amigos se juntaban en el bar El Cascote, al lado de un gimnasio de box donde tiraban algunas tomas de catch antes de empezar a empinar el codo cuando promediaba la tarde. Se quedaban hasta más o menos la medianoche. Eran horas de mucha patraña: un día proyectaban abrir juntos una escuela de lucha libre, como habían sabido tener a fines de los 80; otro día proyectaban una estadía en Mar del Plata, sin las parejas, en el hotel del Sindicato Argentino de Televisión; pero siempre, invariablemente, preferían hablar de cosas sin realización práctica posible. Así restañaban por un rato los duros golpes que el olvido les había hecho padecer.

El Hombre Polilla tocó fondo cuando perdió todo con la crisis del 2001, hasta su cuarto de pensión en el centro de Tigre, del que fue desalojado. Sus amigos de la vieja época lo bancaron en sus casas en las temporadas subsiguientes, pero en cada oportunidad, un desaguisado, alguna cuestión cualquiera, derivaba en que el Polilla terminara nuevamente con sus alas en la calle.

Había hecho de todo: en los 90 intentó algunos negocios con el dinero ahorrado en sus años de gloria, todos fracasos. En la década siguiente fue de mal en peor, como portero en discotecas había tenido mala suerte. Luego lo balearon cuando custodiaba un bingo en Valentín Alsina.

Finalmente, en Villa Etruria había encontrado un ámbito de referencia, haciendo algunos trabajos como ayudante en una herrería. Vivía su segundo matrimonio y, en rigor a la verdad, era una unión civil con una modista trans, en una modesta pieza alquilada en la zona céntrica del barrio popular. Su nombre era Xandra, y también su vida era un tango, cuya nota más triste era una temporada en el infierno de una clínica de reorientación sexual en Florencio Varela, propiedad del pastor evangelista que guiaba espiritualmente a su familia.

El Tahúr seguía vinculado a la TV como asistente de cámara para la productora de Pablo Pentateuco. Cuando el catch vio pasar su cuarto de hora, fue durante algunos años guardaespaldas de un sindicalista del plástico, pero el hombre cayó en desgracia y él siguió su ocaso. Fue de

casualidad que Pentateuco lo rescató de un bar americano en la Avenida Belgrano, al que el exluchador le ofrendaba cotidianamente una amarga agonía de tedio. Trabajar con el conductor más famoso de la televisión le había aportado a su vida cierta estabilidad, además de contención, porque esa figura colmaba su necesidad psicológica de admirar, que él sentía imperiosamente.

El Gitano resultaba el más afortunado de los tres. Desde hacía más de un lustro era propietario de una remisería con veinte choferes y una clientela fija que le facilitaba la planificación económica en su hogar y hasta tener contratado un seguro de retiro en el exterior.

Desde la ventana de El Cascote, los Titanes podían ver, en ese último día de enero de 2008, la pala mecánica y el camión volquete de Estuarios nivelando una de las márgenes del arroyo.

Toda la mañana y, por lo que les había dicho el viejo José, toda la tarde, llevaban transportando y agrupando tierra. A sus ojos, ese trabajo preparatorio no podía servir para otra cosa que para elevar terrenos, construir un terraplén, apuntalar algún futuro cimiento, razonaron. Pero ¿para qué? Si ya no quedaban obras en el country. El proyecto estaba terminado desde hacía por lo menos tres años. Además, ¿qué valor inmobiliario podía tener para ellos ese predio, acorralado por casas humildes?

Mientras cavilaba sobre el significado de esto, el Gitano se guardaba, automáticamente, los sobres de azúcar que les habían traído con el café. Los embutía en su bolso de mano de cuero marrón con hebilla dorada, cerradura y todo: uno de esos accesorios masculinos que los machos hiperinflacionarios de hace treinta años usaban para moverse por la ciudad.

Porque el Gitano era lo que se llama un acumulador compulsivo en grado leve. Aquello que lo diferenciaba de un acumulador compulsivo severo era que él llevaba, *grosso modo*, un orden y un registro de las cosas que conservaba. Por eso, el movimiento de suelos le trajo a la memoria una noticia del 13 de marzo de 1998 de un periódico zonal que él atesoraba en su garaje, junto a una pila de recortes.

De abajo, le llegaba el sonido de los preparativos para una reunión social. Tocaba una de las legendarias “noches de la nostalgia” de los Avellaneda, ya famosas en Estuarios. En esas fiestas, Silvia y el intendente rememoraban junto a sus invitados viejos juegos televisivos de los años 80 y 90: cortar la media manzana, el mundial de pulseadas, el Yenga, todas competencias con las que Gerardo Sofovich había mantenido al aire tremendos bodrios televisivos durante décadas. Eran pasatiempos que requerían cierta estrategia y un particular uso de la concentración y la motricidad fina. En la TV, se había visto en más de una ocasión a un flacucho vencer a un patovica, bajo el referato del temible pulseador Arévalo; y aquí no era muy diferente, el sexagenario Bavio había derrotado más de una vez a windsurfistas varias décadas menores, a fuerza de muñeca.

Así que ahí estaban, toda esa claqué de maduros, parte de la comunidad, la “gran familia” de la Ciudad Pueblo y los padres de sus propios amigos.

Marcial vio pasar a Juan Salvador Gaviota vestido con su traje de guerrillero de monte. Se paseaba por la sala con cara de pocos amigos, trasladando un grueso libro de tapas duras debajo del sobaco y expectorando el verdoso humo de sus cigarrillos negros por cada fosa nasal.

Silvia hacía de cuenta que las caras de consternación de sus amistades frente a su hijo disfuncional no estaban ocurriendo. Ella quería seguir fluyendo en su elemento y apenas Marcial se puso frente a su vista, lo atrajo hacia sí. El adolescente se dejaba acariciar y ponía cara de buen tipo. Este pequeño acto de su madre era un recurso más para obtener la atención general; una vez conseguida, con súbito desinterés le soltaba el brazo y se daba a hablar de otro tema.

Marcial estaba al tanto de las andanzas, los vicios privados y las virtudes públicas de los asistentes. Por las habladurías que traía Montone, que además acostumbraba a vigilarlos con las cámaras de seguridad del country, sabía al dedillo de los avisos de suspensión de servicio, las deudas impositivas y las intimaciones, oficios judiciales y pleitos de unos y otros.

Cuando el arquitecto que vivía al lado de los Irigoín propuso jugar al *Pictionary* de posiciones sexuales y todos chillaron entusiasmados, Marcial supo que era hora de retirarse. Escuchó desde la ventana la bocina del *scooter* de Ayelén y bajó rápidamente por las escaleras, se despidió con un rápido saludo general de toda la concurrencia y fue al encuentro de su amiga. Ahí estaba esa belleza, la flor del coqueto barrio Los Pitutos, con un ligero vestido azul de gasa, subida a la moto.

Atravesaron la noche en el gueto de los ricos. No había semáforos en las calles. No había rejas en las casas. La fantasía subyacente de ser parte de una comunidad lo estructuraba todo, el sentimiento de ser libre estando adentro, la ceguera voluntaria al exterior: esa cadena de algoritmos éticos y emocionales los hacía vivir en plenitud; a ellos no les tocaba cuestionar ese mundo.

Llegaron al SUM, un bloque minimalista pintado de gris, donde, para la sorpresa de ambos, Juan Salvador (o Ernesto Farabundo, como insistía en hacerse llamar ahora) bebía acodado en la barra. Su rostro, del color de los trozos de oreja vacuna que se venden en las veterinarias; su aspecto confuso: monocromo en verde oliva, como se le había hecho habitual de un tiempo para acá, y con un paquete de 43/70 enrollado en la manga de su guayabera.

Lo veían hablar en la barra con un sujeto extraño, un hombre bajo que llevaba un saco cruzado color mostaza, desabrochado, y una corbata ancha perfectamente anudada: atavismos menemistas. Usaba unos anteojos de marco grueso, como los de Tato Bores, y algo en su expresión y en el corte de la cara, además de los lentes, recordaba al humorista.

—Veo que te interesa la política, ¿sos de izquierda vos? —le preguntó el hombre a Ernesto Farabundo.

—Sí, vengo de una familia de luchadores políticos, de utopistas y de revolucionarios. Y bueno, algo de eso habré heredado.

—¡Qué interesante, che! Mucho gusto. Escribano Eduardo Artime, es mi nombre. ¿Vivís acá vos?

—Ernesto Farabundo Fasullo. Mucho gusto. Sí, vivimos acá desde el 2002.

—Ah, yo soy amigo del que tiene la concesión del restaurant del *club house*. Además, tengo unas casas acá, pero las tengo alquiladas, yo vivo en otro lado.

—¿No le gusta acá?

—La verdad que no es mucho mi estilo, a pesar de que hice una buena inversión comprando esos terrenos en su momento. ¿Y a vos?

—Uf, yo odio este lugar.

—¿Cómo me dijiste que era tu apellido, Fasullo?

—Sí.

—¿Tu viejo es Pino Fasullo, entonces?

—Sí, ¿lo conocés?

—Cualquier persona interesada en las corrientes del pensamiento crítico lo conoce a tu viejo. Escuchame. Ahora no podemos hablar mucho. Este lugar, como decís vos, es medio careta. Y además me tengo que ir. Pero pronto vas a saber de mí.

—Cuando quiera. Un gustazo.

Ernesto se quedó solo en la barra, terminando su caña de durazno. Esa bebida le parecía francamente horrible, intomable, pero como era popular debía acostumbrarse a ella, hasta encontrarla deliciosa. Ese tipo de alquimias configuraban al Hombre Nuevo.

En eso vio a un chico que vestía una remera del Che y abrazaba por la cintura a una joven rubia con pinta de menonita. Ernesto llevaba un rato mirándolos y quizás pensó que era un buen momento para conseguir un aspirante. El chico, al verlo llegar, imaginaría que esa era una fiesta de disfraces.

—Hola, ¿cómo andás?

—¿Cómo te va? ¿Te gusta el Che?

—Sí, más o menos. Esta remera me la regaló mi mamá para Navidad.

—¿Qué te pasó en la mano?

—Me golpeé —dijo el chico.

—Qué feo, yo el otro día me esguincé.

—Y yo el año pasado me fracturé.

—Eso no es nada, comparado con tener hambre. De chico fui muy pobre.

—Tengo un tío en cana.

—¡Y yo soy hijo de desaparecidos! —casi aulló Ernesto.

—Sinceramente, ¡cómo te envidio...!

6

Pablo Pentateuco amaneció en la enorme *chaise longue* de su despacho, que había dispuesto para trasnoches de farra, como la que acababa de terminar. Hizo buches con un poco del whisky que quedaba en el escritorio y prendió la TV. “Sin pistas para las explosiones en el country”, decía el zócalo en la pantalla de un canal de noticias y las imágenes mostraban al notero recorriendo las calles vacías y los hierros retorcidos de una fuente hecha pedazos.

Miró por la amplia ventana del salón hacia el plató. En unas horas llegarían todos a la productora televisiva que él poseía en lo más chic de Palermo. Ahí mismo, ensayarían el vivo de esa noche los principales talentos de *Bailando con Pablo y las Estrellas*, su nave insignia: el tragasables gigante y su esposa, la cantante calva; Pinín, el niño sabio; cinco modelos menores de veinte, que él había testeado personalmente, y que cada noche mostraban sus atributos y cada tardecita orquestaban todo tipo de escándalos y bajezas en cinco programas de TV que le funcionaban como satélites. También estaría el changarín lisiado, a quien se le cumpliría un sueño esa semana, y la directora de una escuela rural en el monte chaqueño, que había sido declarada zona de desastre.

El hogar del Tahúr era una habitación en el primer piso de una edificación de tres plantas, propiedad de la señora que habitaba la planta baja, en el centro comercial de Etruria, a la que se accedía por una escalera caracol en la fachada. El interior era como una versión contemporánea de *El dormitorio en Arlés*. Dos sillas de paja, que quizás databan de 1888, sollozaban en los ángulos de la habitación, a los que no se podría llamar rectos: constituían más bien

milagros de la trigonometría, ni curvos ni planos.

Las paredes lucían cuatro cuadrillos. En uno de ellos, colocadas en un costoso marco de nogal, dos fotografías de 1979 o 1981. Una mostraba al Tahúr en el momento culminante de una lucha, como volando con su visera de acetato de croupier y lanzando chispas desde su mazo de cartas *shuriken* sobre sus dos oponentes: los Mellizos Parricidas. Por todas las resonancias personales que había tenido esa contienda, incluso psicoanalíticas, como después descubrió en terapia, esa fotografía era uno de sus tesoros más preciados. La otra lo mostraba con el pie derecho sobre una cabeza, imponente en su triunfo ante una especie de reptil de gomaespuma color menstruación, el pavoroso y formidable Simarilión, un Hannibal Lecter de la lucha libre local.

Otro cuadrillo exhibía su titulación en Peluquería Canina por la escuela terciaria de Embalse, Córdoba. El tercero, con una fotografía en blanco y negro, mostraba a un niño de ojos perplejos, en pantalones cortos de franela y blazer escolar, solo junto a su madre en el día de su Primera Comunión.

El último era también una fotografía. En ella se veía al Tahúr, ya en su rol como laburante televisivo, posando con sus compañeros en la tradicional formación de equipo de fútbol, y con Pentateuco mismo ocupando el lugar del arquero. En esa imagen, le había tocado estar, por su estatura, al lado de Pentateuco: este le pasaba los brazos por encima de los hombros, un gesto que no dejaba de emocionar cada vez al Tahúr.

La ocupación fija en el canal de TV era lo único que él, el temible luchador de la baraja asesina, había podido mantener en limpio. Tenía un buen grupo de trabajo, que solía cubrirlo cuando sus resacas eran tan potentes que lo obligaban a ausentarse o a llegar tarde. Se podía decir que esa antigüedad laboral, de doce años ininterrumpidos, era su único patrimonio. El resto lo había derrochado en antros, garitos y “casas de tolerancia” a lo largo y a lo ancho del conurbano bonaerense.

Salió del dormitorio en Arles, esa mañana, dispuesto a tomarse el colectivo para ir a la productora. Bajó por la escalera caracol hacia la calle. Prendió un Particulares. Había conservado la disciplina de no fumar dentro de su habitación. Le obstruyó el paso un gato barcino que no quería correrse. El Tahúr lo alzó con una mano y lo depositó sobre un alfeizar.

El barrio bullía.

Atento a lo que había conversado con Pentateuco, tenía que lograr ese día un buen plan de sonido para lo que sería la televisación más resonante de su propia carrera. Ni siquiera su participación como asistente en la fiesta *Las Mil y una Noches*, del empresario brasileño Gilberto Scarpa, en la desquiciada Punta del Este de los años 90, tenía esta escala.

En Panamericana subió al 60 que lo dejaría en la avenida Cabildo y desde allí tomaría otro colectivo para llegar a su empleo. O, si le quedaba tiempo, lo haría a pie.

Sesenta minutos después, Pentateuco lo recibía impaciente.

El Tahúr ya conocía esa disposición de ánimo de su jefe. El pelo desordenado, los ojos inyectados en sangre y un poco desorbitados, que revelaban una noche sin dormir, el ritmo anhelante y desacompañado de la respiración.

Se veía que el conductor estaba en uno de sus vacilones de cocaína y autoproclamada genialidad, en los que se creía el amo y señor de la realización audiovisual, una *rara avis* que combinaba la profundidad de Andréi Tarkovski, el genio comercial de David Ogilvy y el carisma de Alberto Olmedo.

Alguna vez había presenciado esas noches de Pentateuco, que comenzaban tranquilas, con una cena en algún restaurante junto al Río de la Plata; iba ganando en *tempo* mientras se trasladaba a una mínima y exclusiva discoteca vecina, donde un ejército de chupamedias bebía a costa suya hasta perder el sentido; se desbocaba con la prolongación de la fiesta al promediar la madrugada y luego en la casa de alguna modelo o actriz, para culminar en un estado cercano a la catatonía al promediar la mañana, con su llegada a la oficina, donde su secretaria lo ayudaba a revivir o, como ocurría a menudo, lo mandaba de vuelta a casa, mientras reprogramaba todos sus compromisos.

—Boludo, menos mal que viniste. Sentate, vení, anotá. Lo tengo. Tengo en la cabeza cómo va a ser la presentación del barrio de mierda ese —dijo Pentateuco.

El Tahúr, que había tenido la mala suerte de cruzarse en su camino, tendría que soportar toda la perorata maníaca. No iba a servir de nada. Porque en dos horas, cuando pasara la euforia, Pentateuco olvidaría o reformularía por completo todo lo que ahora le parecía un *non plus ultra* y borboteaba por cada poro.

—El programa abre con una toma cenital desde un dron. ¿Sabés lo que es un dron? Qué vas a saber, vos. OK, no importa. La toma va bajando, cada vez más de cerca. Y ahí hace empalme con una cámara en una grúa, que muestra a Perón y Evita bajando en un trapecio, abrazados, en la posición de bailar un tango. Perón con la banda presidencial. Evita con uno de sus trajes típicos, los de la foto icónica. Alrededor quiero mucha luz azul, luz, luz, luz, como de estrellas, que caiga una serpentina sobre ellos dos, como simbolizando, no sé, el sueño, el sueño, la Historia, boludo. Son como ángeles, que sobrevuelan sobre el barrio. La grúa los toma mientras van descendiendo. Y hace una toma en picado. Luego, empalma con las cámaras de tierra. Ahí están los vecinos, hacemos un plano americano de varios. Uno es el intendente de Presidente Perón, ¿entendés? Otra, una pareja, con una nena en bicicleta. Quiero una Hummer ahí. Una Dodge RAM. Quiero ver GUITA, GUITA, algo aspiracional para la clase baja. Que digan: “¡uy, boludo, quiero eso, quiero vivir ahí, me quiero garchar a esa rubia, uh, mirá qué caramelo se come el gordo ese con cara de sindicalista”.

—Esperá Pablo, no puedo anotar, vas muy rápido.

—Dale, dale que no puedo perder el hilo. Si pierdo el hilo me tienen que venir a dar una inyección. Bueno, ¿en qué estábamos? Sí, OK. Bajan Perón y Evita. Se ponen a bailar. Se acerca el intendente. Una mujer lo aborda por la izquierda, una bien turríta, ¿eh?, casi en bolas. Lo saca a bailar. Empieza a salir gente de las casas. Todos grasas con guita. Se ponen a bailar en la calle. La cámara se aleja. Va avanzando en un travelling por la calle. Llega hasta un busto. Un busto vegetal. Un doble retrato de Perón y Evita hecho de plantas. Al corte.

—Esperá, voy por “me quiero garchar a esa rubia”...

De pronto, los ojos de Pentateuco se quedaron ensombrecidos. Agachó la cabeza y bajó la vista a la mesa, como vencido. Se quedó un minuto callado. Parecía decir “¿para qué hago todo esto?”. Pero en rea-

lidad, su mente había ido hasta un día soleado de 1972, el de la final del torneo intercolegiales. Su padre había tenido la deferencia de asistir al partido, solo por atender a las súplicas de su madre. Su padre. ¿Había nacido él porque lo deseaban? ¿O era su vida fruto de un accidente, como oyó (¿o creyó oír?) una noche desde su habitación, mientras los grandes terminaban de cenar con una pareja amiga? El segundo tiempo estaba empatado. Tocó definir por penales. Su padre lo observaba con un destello helado en las primeras gradas de la tribuna, justo detrás del arquero. Pentateuco tuvo que patear el penal definitivo. Miró a su padre. Miró al arquero. Pateó un tiro débil, que fue directo al cuerpo del rival. El sol lo encegueció un momento. Se cubrió los ojos con las palmas en visera y revisó la tribuna, en el preciso instante en que, con un mohín sarcástico y desdeñoso que curvaba sus comisuras, ese hombre se ponía de pie, daba media vuelta y se alejaba.

—Pablo, Pablo, ¿seguimos?

—¿Qué hacés acá todavía? ¡Andá a laburar, chabón! Yo no les pago para que se pasen todo el día tomando café.

Luego repasó lo que había dicho al asistente de sonido. Algo de todo eso podía ir a parar sin mayores ediciones, casi en crudo, al *storyboard*. Se presentaría con eso a los políticos. También a la gente de Estuarios.

Pentateuco oprimió un botón en su centralita.

—Jacinta, llámalo a Montone, ya me estaba olvidando, boluda. Decile que puede venir antes de la semana que viene. Ideal mañana. Hoy a la tarde también.

Después, se sacudió un poco el pelo, como para ordenar sus ideas.

—Tahúr, pará, no te vayas. Volvé, perdoname.

Vio que entraba por una línea la llamada de Ricardo Montone.

—Ricardo, ¿cómo te va, querido?

—Pablo, bien, tuve que volver antes de las vacaciones esta semana por algunos quilombos acá en el barrio, pero ya te contaré con más detalle, ¿tenés un minuto?

—Dale, decime, estoy empezando a grabar, hablemos un ratito y sigo.

—Quería preguntarte más que nada cómo viene la propuesta, si tienen definida la parte artística. Ya sé que estamos a principios de febrero nomás, pero mi jefe me está encima con esto.

—Mirá, la idea como te comenté es hacer un musical, jugar un poco con las figuras de Perón y Evita, buscar algunos personajes que tengan parecido físico y que bailen juntos una pieza de tango, tiene que ser algo sentimental, con mucha semántica.

—¿Y ya saben quién?

—Mirá, ahí tenemos un problema. Porque conseguimos a alguien que es prácticamente un doble de Perón en sus facciones.

—¡Qué bien!

—El problema es que es enano...

—Enano, ¿enano?

—Sí, pero no te preocupes, a la gente les encantan los enanos. Es algo atávico, con mucha pregnancia...

—Enano...

—Sí, ¡pero vieras qué enano!

—Estamos hablando de Perón, Pentateuco. No podemos poner a un hombre de un metro cuarenta, ¿o es menos?, a hacer de Perón. ¿No entendés que no va? ¿Cómo se llama?

—Zarlenga. Así, a secas.

—¿Y quién va a hacer de Evita?

—¿De Evita? Eh... Marixa Bo.

—¡Pero si le hicieron una cámara oculta pidiendo guita por sexo!

—La gente la adora, Ricardo.

—No sé, la verdad. Todo esto que me decís. No sé si me van a terminar cagando a pedos. Aparte, está el tema de los *sponsors*. Algunos contratistas y proveedores de materiales de Santa Evita me pidieron estar. Me preguntaban si es posible integrar sus marcas a la parte artística.

—Ajá. ¿En forma de PNT? Les enviaremos un tarifario por segundo y que ellos vean.

—OK. Respecto a la aparición de los políticos, ¿cómo se hace?

—Esto lo resuelvo con la gente de producción. Estaría todo guionado. Igualmente, sería muy bueno que la presidente dijera algo, no sé, si pudiera ser en cadena nacional, cosa de ir preparando el terreno para la transmisión especial. Una semana antes, como mucho. Yo creo que nos sumaría muchísima audiencia. Aunque es medio arriesgado también, por un tema de su imagen.

—Si podés pasame un resumen, yo lo tengo que mandar a aprobación.

—OK.

—Contame más del enano.

—Parece que tiene un gato muerto entre las piernas, boludo.

—Ja, ja. ¡Qué hijo de puta!

—Chau.

—Chau.

Al salir de la oficina, el exluchador evaluó lo que había acabado de oír. Pentateuco estaba trabajando en una propuesta: montar una mega transmisión en vivo desde un nuevo barrio, Santa Evita, con todas las estrellas del programa. Sería un negocio excelente para su productora. Se trataba de un show a medida, de 90 minutos, y que él cobraría por segundo. Si además podía comprometer a gente del partido gobernante, prometía ser algo histórico para la televisión argentina.

Decidió que valía la pena transmitir esta conversación al Gitano.

El Gitano se peinó para atrás el pelo engominado. Al costado de la ducha colgaba su traje enterizo de luchador, en tonos cian y bermellón. Siempre le gustaba un buen baño caliente después de entrenar con los muchachos: tirar unas llaves, esquivar unas piñas, probar la doble patada voladora o el famoso “cortito”, que fue la marca gloriosa de aquel legendario Martín Karadajián, y él semantizaba nuevamente a modo de homenaje.

Fue para el garaje, el lugar de su casa en donde tenía, a salvo de las crecidas del arroyo, dentro de muebles o estantes colocados en altura, sus acumulaciones: programas circenses o teatrales, fotos familiares, tapitas de gaseosas ordenadas por año, comprobantes de pago de servicios, resúmenes de asistencias a jornadas o congresos de lucha libre, paquetes de azúcar con varias décadas de vida, peluches de viejas novias, los ajuares de recién nacidos de cada uno de sus hijos (incluido aquel, el finadito que los había abandonado con apenas seis meses de vida para subir al cielo convertido en ángel) y las pertenencias de la perrita pequinesa que había sido la locura de Norma, su señora, que en paz descansa.

En tres cajas que totalizaban sesenta centímetros cúbicos de capacidad, guardaba los recortes periodísticos que habían capturado su atención. Acumulaba desde avisos fúnebres hasta participaciones sociales, los periódicos completos del día de su nacimiento y del de todos sus hijos y su esposa, hasta crónicas periodísticas de eventos que él consideraba históricos o simplemente llamativos. Como era el caso de esta noticia, que el trabajo de movimiento de suelos que contempló desde El Cascote le había traído a la memoria y que ahora, con un gesto de satisfacción ante la habilidad de mantener el orden en su acumulación (contra todos los pasados vituperios de su mujer), desplegaba ante sí.

Pocos días antes de que el Concejo Deliberante convalide la venta de tierras municipales a Estuarios S.A., tras un debate plagado de polémicas y acusaciones cruzadas, ocurrió la inesperada llegada de un ofertante para complejizar aún más la negociación.

Se trata de un misterioso empresario que se presentó para exigir que una fracción de 50.000 metros cuadrados del lote principal —que totaliza unos 250.000 metros cuadrados de tierras fiscales— sea vendido mediante licitación pública. Esta persona

se postuló como interesado en la compra y ofreció condiciones mucho más convenientes que las pactadas entre el Municipio y Estuarios S.A.

El empresario Flavio Mercedes Petissi ofrece pagar una suma cuatro veces mayor a la oferta hecha por la administración de la empresa desarrolladora de barrios cerrados. Y a diferencia de esta, propone pagar la tierra al contado en lugar de hacerlo en cuotas.

Señaló en una nota dirigida al Concejo y al Sr. Intendente que “el método legalmente correcto implicaría un llamado a licitación pública o privada, en lugar de la venta directa de las tierras a Estuarios S.A.”. De ese modo, el interesado deja constancia escrita de su oferta: “86 pesos el metro cuadrado, pagados al contado efectivo”, en lugar de los 22 pesos el metro cuadrado ofrecidos por su rival.

Pero si la tentación de una oferta más apetecible para el erario no fuera suficiente para hacer cambiar de idea a los funcionarios encargados de autorizar la venta, el empresario recurre a un argumento más persuasivo: “En caso de no ser tenida en cuenta la oferta, nos reservamos la revisión judicial de la cuestión”, advierte antes de cerrar la nota.

El Gitano releía esta información mientras se hurgaba la nariz con su dedo índice, que tenía prácticamente el diámetro de un leño chico. Nunca había visto por el barrio a ese empresario Petissi y, por otra parte, no aparecía ninguna foto ni semblanza de él junto a los artículos.

—Viejo, ¡¡soy el Rulo!! Podés venir a la remisería, porque me tengo que ir a llevar a mi señora a la guardia y no queda nadie para cubrir el turno...

—Sí, ahí voy.

El Gitano metió bajo el brazo la carpeta con la sucesión de artículos periodísticos que conformaban esa secuencia y caminó los ciento veinte metros que separaban su casa de la remisería. Compró, como era su costumbre, doscientos cincuenta gramos de bizcochitos de grasa, una mitad de sabor salado, la otra, cubierta con azúcar negra caramelizada.

La remisería era un espacio limpio y pulido, aunque algo desvencijado, cuyas paredes habían recibido una última mano de pintura, quizás hacía veinticinco años, y ostentaban con estoicismo una tonalidad celeste verdosa, que en algunos suscitaba recuerdos

infaustos de enfermerías y hospitales. Reinaba allí un aroma a desinfectante para pisos, aromatizado con una esencia artificial inclasificable: solo se podía describir apelando a lugares o situaciones en que había sido percibida anteriormente, casi siempre en albergues transitorios o baños de estaciones de servicio. Adornaban las paredes: posters con desnudos de los años 80, cuando todavía el vello púbico no era considerado antiestético; el óleo de un payaso triste, que la difunta mujer del Gitano había realizado en ese taller de arte y sanación, por el duelo tras la muerte de su perrita pequinuesa; una foto de Tigre campeón; la propia perrita pequinuesa embalsamada, que reposaba en una repisa, y un recuerdo de Luján.

Se sentó en su escritorio a tomar el turno y recibir y coordinar los viajes de sus choferes, mientras el Rulo, su hijo mayor, se ausentaba. Por suerte, era un día tranquilo y podía hojear los recortes con calma. Otro artículo, firmado por el mismo periodista, seguía la secuencia de episodios.

ESCÁNDALO

La presentación del empresario Petissi, a la que tuvo acceso este medio informativo, pone en jaque el acuerdo alcanzado entre la administración de Estuarios S.A. y el Ejecutivo municipal, pacto que sería convalidado por el Concejo en la última sesión ordinaria del año.

Petissi ha iniciado acciones legales contra el Municipio, por habersele negado con un recurso ejecutivo su solicitud de adquirir tierras mediante licitación pública.

Además, sostiene haber sido amenazado en repetidas oportunidades por un señor que responde a la administración de la empresa desarrolladora, Ricardo Montone.

El acuerdo entre Estuarios y el Municipio establece en siete millones de pesos el precio de venta de los 250.000 metros cuadrados —con las calles y caminos municipales incluidos— que deberían ser pagados en diez años.

Aquel primer acuerdo, sin embargo, generó una fuerte polémica cuando concejales de la oposición salieron a denunciar públicamente lo bajo del

precio ofrecido y lo flexible de los plazos.

Sonó el teléfono de la remisería.

—Remisería El Gitano, buenas tardes. El viaje hasta Luján le sale 500 pesos, señora. ¿Caro? No, señora. Vaya usted a cargar nafta a ver cuánto le sale. Sí, nuestros autos trabajan con equipos de gas, pero eso no tiene nada que ver. Mire, si no le gusta el precio llame a otra remisería. Hasta luego.

El Gitano suspiró contrariado, estaba sumamente concentrado en la lectura del artículo y no quería que nadie lo molestará.

La disputa terminó en que ese predio de cinco hectáreas, mientras se resolviera la medida cautelar planteada por Petissi, quedaría cercado y excluido de las tareas de relleno de Estuarios.

Pero, en medio de todo eso, estalló la crisis de 2001, y “de la nada” —porque la pobreza parece que sale de debajo de la alfombra en la Argentina— aparecieron quinientas familias y tomaron las cinco hectáreas, consagrando así la existencia de lo que hoy se conoce como Villa Etruria.

Escribía el periodista.

La operación de venta de terrenos públicos al country involucra unos 240.000 metros cuadrados de tierras. De ellos, solo 50.000 constituyen el lote en disputa; el resto está formado por calles y caminos municipales que Estuarios alambró dentro de su perímetro y que ahora debe comprar.

Sin embargo, los recientes sucesos que culminaron con la ocupación de ese predio por más de quinientas familias complejizan más la situación y la única vía para Estuarios parece ser la judicial.

Al Gitano se le hizo evidente que ese lugar donde había visto por la mañana el despliegue de maquinaria pesada era el mismo que quedó baldío, en un limbo judicial por la acción de ese tal Petissi, de quien el diario no mostraba ninguna foto. Y ahora Estuarios avanzaba sobre eso. Quizás como una maniobra para quedarse con su barrio.

7

Toda ciudad comienza con un raptó de sabinas, cada proceso histórico con una acumulación originaria, anotó Avellaneda en el cuaderno de notas que esta noche repaso, preguntándome cómo tomaría él, ahora que su vida había cambiado de un modo tan drástico, estas sentencias que no habían resistido el paso del tiempo, sino en tanto expresiones precoces de un hombre destinado a la alta conducción política, porque se leen un poco ridículas. Él compilaba estas reflexiones y aforismos bajo el título algo pomposo de “Crónica —o, a veces, ‘Diario’— de la guerra revolucionaria”, y las anotaba en un cuaderno verde o las subía a un blog que recibía doce visitas semanales.

También, en esos partes de guerra expresaba las dudas sobre su novia. “No la entiendo, ¿cómo el conocimiento de primera mano de la pobreza, convivir con los negros, no le da más sentido de justicia social?”.

Pero ella veía las cosas de otra manera: la atraían en igual medida los encantos de Ernesto como su vida burguesa, que ella definiría como típica de la clase capitalista (aunque ninguno de los Avellaneda se hubiese autoencuadrado así, se autopercebían en los estamentos medios de la sociedad).

A menudo, cuando conversaban rozando ese espinoso asunto de la clase, surgían pequeños desacuerdos que, si se expandían, podían generar una grieta. Por ejemplo, Ernesto no toleraba el papel higiénico de simple hoja. Ella le decía que era un burgués. En esos momentos, él la sentía más Maga que nunca.

—¿Qué tenés, chabón, terciopelo en el cortachurros?

—No seas cabeza, mi amor. ¿Cómo le vas a decir cortachurros?

Es que no existía en Rayuela un diálogo similar, por lo menos que

él recordara.

En el almacén, Glenda practicaba la aritmética cotidiana y la administración de un negocio, por ejemplo, en qué consistía la fijación dinámica de precios. Ella hacía misiones de espionaje al supermercado chino del centro comercial de Etruria para ver a cuánto tenía la manteca o la leche. Descubría que la fijación de precios contenía una filosofía y una concepción del hombre: los chinos, por ejemplo, tenían mucho más barato el vino que los demás comercios, a un treinta o cuarenta por ciento menos. Sin embargo, la leche o la harina eran más caras. Concebían al ser humano en términos de los principios del placer y del deber, donde el consumidor entraría a su comercio impelido por el señuelo del vino, con la justificación del precio, que actuaba a nivel moral. Ya dentro del autoservicio recordaría que necesitaba harina, pañales, alimento para el gato, fósforos. Así el equilibrio en la rentabilidad del señor supermercadista se vería restablecido.

¿Cómo podía ayudarla a su mamá a lograr esas mismas jugadas aprovechándose de los *bugs* de la naturaleza humana? La Maga percibía que, al igual que los supermercados chinos, el almacén de su madre era un comercio de ocasión. O sea que nadie hacía la compra mensual allí. Iban a abastecerse de los recados de última hora, el capricho o la gratificación pasajera, para hacer más llevadero un tramo hecho a pie o en bicicleta, la bebida para la ronda de vagos que matan el tiempo en la esquina, la comida familiar improvisada contra reloj.

Comenzó a trazar en base a esto los distintos perfiles de consumidor. Los más fieles, aunque también problemáticos, eran los jóvenes que se congregaban a partir de las cuatro o cinco de la tarde y hacían ronda en la esquina; solían consumir unas dieciocho botellas de cerveza los días de semana, que llegaban a treinta y seis los viernes y sábados.

El repartidor de la cervecería colocaba los cajones formando caprichosos dibujos para maximizar el espacio: hacía obeliscos, pirámides o Partenones de cajones de cerveza, porque no cabían en el recinto de doña Cristina.

Ella veía que, graficado en una curva, el nivel de consumo de estos jóvenes de otros productos distintos o complementarios a la cerveza

iba en aumento a medida que bebían, pero que al promediar el cajón de botellas vacías se detenía, quizás por la falta de dinero.

Había una relación decreciente llegado un punto de equilibrio que podría denominarse el óptimo. ¿Cómo podía lograr que consumieran más cerveza, a la vez que más cigarrillos, paquetes de palitos y papas fritas o sándwiches? ¿Era posible definir a un encargado de compras en el grupo? ¿Se lo podía influenciar con beneficios, quizás vendiendo fiado o haciéndole atenciones?

¿Eran vulnerables a la publicidad? Por ejemplo, la pizarra donde decía “Hay hielo”, ¿se podría ir modificando a lo largo del día para aumentar la rentabilidad, quizás poniendo mensajes como “Vive el presente y nada más” o poner la canción “Presente” de Vox Dei de fondo con repeticiones programadas?

¿Qué hay sobre el estilo de beber? ¿Consumirían más cerveza si ella les facilitara vasos en vez de pasarse la botella del pico en un ritual casi homoerótico?

¿Y qué hay de ese padre de familia, consumidor racional, pero con cierto sesgo hacia las compras de productos frescos? Sin duda alguien que sabe cocinar y prepara todas las comidas, porque lleva el ingrediente y no productos finales. ¿Cómo se puede lograr que esa persona nos gaste más? ¿Y ese consumidor, en el espectro opuesto, que lleva las sopas deshidratadas, las salsas listas, la polenta mágica, fideos cuatro de los siete días de la semana, salchichas, hamburguesas y bocaditos de pollo congelados? ¿Cómo se puede lograr que esa persona viva unos cuantos años más, a pesar de ese estilo de vida tan insano, para seguir abasteciéndolo?

Todas estas preguntas la entretenían y desvelaban.

¿Cuál era el valor de ticket promedio del resto de los compradores? Glenda instaba a su madre a que tratara de conseguir aumentarlo cada vez: fraccionando, pesando un poquito de más cada vez, ofreciendo dos por uno, tres por dos, cobrando el envase, etcétera.

Luego estaba la disciplina propia. ¿Cómo había que tratar a su novio, que también, al ser persona era un consumidor? No escapa-

ba a la regla de que, si era consumidor, debía ser su cliente. Y, en consecuencia, muy rara vez le hacían regalos, pero le vendían con descuento.

Todo este alarde de plusvalía confundía a Ernesto. Nunca había estado en compañía de gente que demostrara tan abiertamente el interés, la avaricia y el celo. En su ambiente, el dinero obviamente era importante, pero estaba en segundo plano, como algo que fluía y que no había que preocuparse por aumentar: se acrecentaba solo, aparentemente.

Glenda y su madre eran dos apasionadas por capturar franjas o nichos de valor subexplotados. Habían comprado en el remate de un calesitero de Tigre algunos juegos infantiles que instalaron en el frente de la despensa: cobraban por tiempo, dando sortijas, las vueltas en una calesita de metal con volante al piso, como si se tratara de una calesita mecánica.

Por todo esto, no estamos lejos de decir que realmente serían mujeres de buen pasar muy pronto. Su talón de Aquiles era la desconfianza innata en el sistema financiero. Como ladrones del medioevo, escondían su dinero de la forma más rebuscada en los pliegues de la casa, con el peligro enorme que eso conllevaba en un lugar semejante. De esa manera, arriesgaban a perderlo todo en cualquier momento, como las noticias en la sección policiales se encargaban de confirmar una y otra vez.

El olor a aceite vegetal quemado le indicó que se aproximaba al almacén y pulpería de doña Cristina. El local estaba más lleno de moscas que de costumbre. Acodados en el mostrador, estaban los habituales, ya con varios litros de cerveza encima antes de la caída del sol. Saludó a los clientes y recibió una especie de cortesía y hasta una disipada mirada de reconocimiento de parte de unos globos oculares bañados en sangre y acuosos por el sueño.

—¿Cómo le va, Che Guevara? —le dijo risueño el cliente.

Glenda estudiaba de un manual gordo en un extremo del mostrador,

envuelta en un viento Zonda de tortas fritas. Se saludaron con un beso y fueron al rancho contiguo al almacén.

Se abrazaron y ella corrió la mano por su espalda, hasta tocar la culata de la pistola que tenía en la cintura.

—Hola, bebé.

—¿Cómo anda ese revolucionario de la Universidad Católica?

—Se nos cortó la racha buena, Glenda. Volvió el novio de mi vieja.

—Bueno, no te enojés. Vení para acá.

Se tiraron en el sillón y empezaron con los arrumacos mientras en el televisor del salón se escuchaban los gritos de falsa euforia, las risas maníacas del programa nocturno de Pablo Pentateuco: *Bailando con Pablo y las Estrellas*.

Él se quitó los borceguíes y se despojó del pantalón cargo y la guayabera, aunque se dejó puesto el quepis, como para vestir con un poco de *sex appeal* guerrillero al juego previo. Se tendió encima de ella. Recorrió con la lengua su cuello moreno y fino, lamió el pliegue áspero entre los senos y siguió descendiendo con su rastro húmedo hacia el ombligo y más allá.

Apagó la luz y sigilosamente se metieron bajo las sábanas, con el pudor de dos vírgenes.

La imponente virilidad del camarada ingresó como una vanguardia en una fortaleza deseosa de rendirse. Era un portento revolucionario lo que tenía el Comandante entre esas piernas de alambre, un sólido argumento, una quinta columna, un brazo de bebé.

Mientras permanecían abrazados en la cama, acariciados por la brisa que traía los perfumes de la albahaca y el cedrón de la pequeña huerta, anotó que esos instantes de dicha y *élan* eran el único paraíso cierto. Y, aun así, nunca en esta vida la felicidad era completa. Desde hacía días —¿quizás desde el retorno de su padrastro?—, lo atormentaba un pertinaz estreñimiento. Era una sequedad de vientre tal, como si alguien en las sombras le estuviera arrojando el cruel maleficio de los dedos en eslabón, ese que algunos echan sobre los perros urgidos por hacer sus

necesidades para que no ensucien la vereda.

“El mundo es una mala posada”, decía Santa Teresa de Ávila, y él recordaba esa frase de su confesor jesuita: “Nunca la felicidad es completa en este valle de lágrimas”. Con estos pensamientos se quedó profundamente dormido.

Si hubiese estado despierto, habría podido ver que un Falcon de color rosa estacionaba frente a la pulpería y que un hombre calvo, entrado en carnes y de unos 65 años, daba las buenas tardes y comenzaba a charlar con su suegra.

Crónica de la guerra revolucionaria

Jornada de avivamiento revolucionario. Hoy recordamos a Adolfo Rotblat.

Inicié mi mañana en lo de la Maga, con el versículo de Marighella correspondiente al día de hoy:

“Otras formas útiles de preparación física son caminatas, acampar, y practicar supervivencia en los bosques, escalar montañas, remar, nadar, bucear, entrenamiento de hombre rana, pescar, arponear, y cazar pájaros, y animales grandes y pequeños”.

Luego, empecé a poner en práctica lo que había leído. Me puse el jogging. Articulé un dispositivo superestructural para la guerra de aparatos: unas patas de rana, que improvisé con dos rastrillos de jardinería y un pedazo de lona. Eso me podía servir para nadar en la laguna.

Pero esa mañana de principios de febrero se presentaba ominosa. Ya hacía demasiado calor y no eran ni las ocho. La dejé a Glenda y me fui a cazar al descampado. Divisé un tatú. Pescar. Arponear. Cazár. Tenía conmigo solo la navaja suiza con el accesorio del escarbadientes y me le fui encima. Se ve que calculé mal, porque en la embestida pisé el nido de unos teros, que se me vinieron encima con una furia asesina y me hicieron huir a campo traviesa.

Además, a medida que avanzaba la mañana, ni los jacarandás daban sombra.

En el ectoplasma alucinado de ese clima, yo sudaba. Y el sudor caía profuso formando esteros, estuarios, eczemas sobre la espuma púbica de mi barba.

Mi barba es más similar a la de un monaguillo jasídico que a la de un revolucionario auténtico. Es que a mis 25 años no puedo poseer, no digo ya una barba triunfantemente simiesca como la de Camilo Cienfuegos, ni siquiera esas pajas ralas epífitas que poblaron la cara del gran Che.

Pescar: me senté frente al canal. Improvisé una caña con una rama verde de aguaribay, tanza y un pedazo de bondiola. Los instantes pasaban sin pique, o con pique, pero sin reacción de mi parte. Ya no había distinción entre la temperatura del cuerpo y la del aire, la sensación era la de estar chapoteando en un caldo. Sentado en la orilla, hacia la esquina de mi campo visual divisé un brillo raro. Un vistazo rápido me devolvió a ese sospechoso Ford Falcon

rosa, que me seguía hacia ya unos días, estacionado ahora a distancia prudencial.

Al bulto distinguí tres hombres, aunque solo llegué a ver bien a los de adelante: me pareció que se inclinaban demasiado hacia adelante para verme, tendrían unos 65 años. Los veía bien. Aunque no podía asegurar que ellos me vieran bien a mí. Eran tipos grandotes. El conductor del Falcon tenía puestos un saco marrón y una camisa lila tipo Oxford. Usaba unas patillas pelirrojas entrecanas, a tono con el pelambre que asomaba de su pecho, sus orejas y su nariz. La nariz era enorme y terminaba en una pelota llena de surcos, como la del abuelo en el cuadro de Ghirlandaio, que miré ya muchos años, cuando viajé a lo de mi viejo en París.

El otro, rasgos pictóricos también tenía: su mirada era la del anciano caníbal de Goya, Cronos, pero devorando no a sus hijos, sino pebetes de jamón y queso. Además, tenía unas ojeras rarísimas, como de lémur.

Tanteé mi pistola y también la ubicación de mi pastilla de cianuro. Me paré, caminé unos pasos hacia la ruta, giré por una calle de tierra sin salida. En el silencio escuché que las puertas del Falcon se cerraban.

Me imaginé que los burócratas sindicales (¿qué otra cosa podían ser con ese aspecto?) estaban ya corriendo hacia mí con los fierros desenfundados. Así que me eché a la carrera, puse los pies en polvorosa, me las piqué, tratando de encontrar refugio o un ángulo favorable para dispararles a los dos, aunque sabía que el tercero de ellos me rodearía por detrás en el fragor del combate. Solo me quedaba encontrar el lugar propicio para el tiroteo final: ¿la cancha de bochas de la sociedad de fomento?, ¿la parroquia de Saldungaray? No pude calcular mucho más. Se me había acabado el tiempo.

—Alto, ¡carajo! ¡Quedate quieto, pendejo! Soltá el arma. No te queremos hacer nada.

—¡La puta que te parió! ¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria! ¡Hasta la Victoria, mi General!

Tendrían que haber empuñado pistolas. El gordo con un 9 mm corto; el lémur, una pistola ametralladora, quizás de Fabricaciones Militares. Como en un duelo del Far West, nos medimos en instantes que fueron interminables. Quise que mi vida pasara como una película en mi cabeza. Pero solo imaginé esa vagina con pestañas nocturnas que conoço bien. Ellos dieron un paso adelante.

—Soltá la pistola, quedate tranquilo.

Por alguna razón recordé unos versos de mi Oda a Perón:

¿Somos fractales de Perón?

O acaso poluciones nocturnas

en el sueño de la Historia.

Suspirando, pensando en la victoria final, saqué la pastilla de cianuro y me la metí en la boca.

—¡Hasta la victoria, mi General! —grité.

Fue como en un orgasmo, que no era ya una pequeña muerte sino la muerte definitiva: la disolución del Yo, el encuentro con el General en un edén con grandes piltones de concreto en un domingo de sol. Disparé una ráfaga hacia la ofensiva gorila.

O quise disparar. El arma se trabó.

Se me vinieron al humo los gorilas. El gordo me agarró del cuello. El lémur me arrebató el arma. Mientras pugnaba por liberarme, una fuerte punzada en el estómago me hizo doblar el torso. Ya venía la parca. Así que esto era el cianuro. Un sudor frío me empezó a caer por la cara y una pesadez que bajaba llena de cosquillas, me llenaba de calor las entrañas. Se me escapó un pedo.

Me arrastraban hacia el Falcon rosa y sentía una plétora de sensaciones en el recto, que no entendía si eran algo así como la manifestación física de un encuentro con el muchachito de la Muerte en Venecia, la Muerte en Etruria o, como segunda opción, esas sensaciones eran la evidencia de que me estaba cagando encima. Empecé a temblar y el sudor frío se me quedaba perlado en los bigotes.

En el Falcon rosa esperaba el tercero. Parecía literalmente un gorila. Lleno de pelos, con los dientes incisivos centrales separados y la nariz ancha ligeramente empinada. El vehículo tenía una inscripción borroneada en la puerta trasera; antes de que me vendaran los ojos, llegué a distinguir algo, decía “Ferro-quina Bisleri”. ¿Qué sería eso?

Me acomodaron en el medio del asiento trasero y el gordo pelirrojo se colocó al lado mío, bloqueándome la puerta. Sus ojos verdosos eran como una antesala bañada

en luz marina, al fondo de la cual, como niños mellizos postrados en sillas de ruedas, esperaban los ojos minúsculos, perplejos y solitarios.

Entonces me entregué.

Con el último pedo se escapó lo que fue un torrente, un manantial, una liberación.

La peste llenó rápidamente el auto. Desde hacía días me venía alimentando con las empanadas de Cristina. Esas sequedades, supongo, serían el remanente de días bajo el domo acristalado de esa bandeja con sándwiches —en la que más de una vez había visto cucarachas— pero que, en su lógica mercantil, la Maga me cedía al 30% de descuento.

En el éxodo de mi flora intestinal hacia mis piernas y pantorrillas, percibía como un naturalista los matices del morrón, de las aceitunas y de la grasa de pella que encerraba mi señora suegra entre repulgues.

Esto no era la Muerte en Etruria. Era un laxante y no una pastilla de cianuro.

—¡Te cagaste encima! La puta que te parió, pibe —soltó La Bestia. Y de un mamporro me durmió.

Mientras el viaje duraba, y yo desmayado, soñé con un cuadrilátero de lucha libre. De un lado estaba yo, enclenque, con una bombacha en la cabeza. Del otro se me venían mis captores, vestidos con mallas enterizas de spandex. En el sueño me di cuenta de por qué me sonaban conocidas las caras de los gorilas sindicales. Pero después me olvidé.

Cuando desperté en una habitación en un lugar dentro de la villa, pedí solamente papel y lápiz para escribir estas páginas. Dejo aquí.

Unas horas después, Ernesto se encontró atado a una silla frente a los tres personajes del Falcon. Le daban palmaditas en la cara para reanimarlo. También había un hombre de tez rojiza y pelo largo. A ese recordaba haberlo visto en las noticias. ¡Era el querandí de la toma del santuario!

Farabundo se vio embutido en un traje enterizo de lycra color turquesa con un extraño logotipo en el pecho.

—¡No voy a cantar, suéltenme! —chilló desahogado.

—Pará, tranquilizate, pibe.

—Los intereses del pueblo están antes que mi propia vida, sépanlon, ¡burócratas sindicales de mierda! No voy a soplar las casas seguras ni a mis responsables —seguía, removiéndose entre los brazos de los Titanes, que lo sujetaban sin mayor esfuerzo.

Enmudecidos, algunos consideraban las cosas que escuchaban con la boca abierta, otros se rascaban la cabeza. El Gitano le dio una cachetada y lo calmó.

Pidió agua y el Querandí se la trajo en un vaso con hielos. Agradecido, la tomó y lo miró fijo.

—Perdón por los malos modales, la verdad que no pensábamos usar la fuerza, pero como te vimos calzado, no tuvimos más remedio —dijo Mariano García.

— Disculpá el cachetazo, también —acotó el Gitano.

—A vos te conozco, vos trabajabas en el golf de Estuarios. ¿Y ustedes quiénes son? ¿Por qué estoy acá?

—Te trajimos hasta acá para pedirte ayuda. Te fuimos a buscar al arroyo porque doña Cristina nos dijo que estabas ahí pescando, ¡pero sacaste un arma de la nada!

—Podrían haberme preguntado por lo menos, ¿no?

—Cristina y Glenda nos comentaron que estás en contra del country, y que tampoco te bancás mucho al marido de tu vieja.

—Por supuesto que estoy en contra. ¿No escucharon lo de la explosión de la fuente ornamental? Fui yo quien hizo eso.

—¿Será cierto?

—Desatalo, Tahúr.

Y ahí se le hizo la luz.

Estos tres monos eran en realidad los luchadores de lucha libre de los que le hablaba su papá y que él, hasta entonces, solo había visto en grabaciones y en programas nostálgicos como Rescate emotivo y por el canal Volver.

—¡Tahúr! ¡Ustedes son de los Titanes!

—Bueno, pibe. Qué querés, de algo hay que vivir.

—¿Quién me bañó y me cambió? Si mal no recuerdo, me dormí cagado...

—Fue él —dijo el Gitano señalando al Hombre Polilla.

—¿Trabajan con los querandíes para recuperar la villa? —preguntó Ernesto.

—¿Cómo? ¿Recuperar la villa?

—Mi padrastro quiere expropiar Etruria para construir un barrio para corruptos. Se va a llamar Santa Evita. Lo leí en los archivos secretos que tiene en su computadora. Está metida la presidente y también otros políticos, que entraron a cambio de que les cedan terrenos y plata en coimas.

—¿Estás seguro de lo que decís? No estarás bolaceando, ¿no?

—¡Eso! Eso es lo que yo le escuché hablar a Pentateuco con el Montone, algo de una transmisión especial por Santa Evita —dijo el Tahúr.

—Pibe, esto es grosso, no estarás mintiendo, ¿no?

—No. Y, además, les voy a pedir que me firmen un autógrafo cuando me dejen libre.

Los Titanes se aflojaron. Este chico era un gurrumín, un nene sin malicia. Le dijeron que se los iban a firmar ya, y sobre un papel de estraza le hicieron tres firmas, que pidió guardar en su morral de llamitas.

—Pibe —dijo el cacique—, el Escribano Artime, a quien ya conociste hace unos días, te quiere pedir un favor. Necesitamos tu ayuda para secuestrar a tu viejo, bueno, a tu padraastro, digo.

Sin pararse a pensar dos veces en cómo ni con qué finalidad, ni considerar muchos más detalles ni contingencias, Ernesto dio un brinco y con un saludo militar montonero (que los otros no supieron decodificar) les prometió ponerse a su entera disposición.

Más importante que esas minucias era que, por fin, el momento de su bautismo de fuego había llegado. Cosquilleos y calores, quizás, le subían desde las piernas y eran lo que comenzaba a provocarle una visible erección. Esto iba a ser como el secuestro de Bertrán de Born: un hecho legendario para los anales de la lucha popular.

8

La presidente Norma Del Mazo, para sorpresa de Montone, había recibido de buen grado a la pareja que encarnaría al General y a su segunda esposa en el *reality show*. Ella quiso conocer personalmente al socios del primer trabajador. Alguien tan crucial para la historia debía ser representado con altura, creía. Por eso, pidió que le llevaran a Zarlenga a la Quinta de Olivos.

La Evita que Pentateuco había contratado era hermosa, y también una Mesalina de vodevil, una devoradora de hombres y el ingrediente perfecto para que la gala de inauguración del barrio privado, por su potencial de escándalo y controversia, se mantuviera girando en los programas de la tarde y las revistas de espectáculos durante meses. Esa bulla y ese chismerío desviarían la atención del pobre desempeño del gobierno en casi todos los aspectos. “Este Pentateuco es un genio”, dijo.

—¡Monchestein! Acercate, por favor. Hacelo venir el próximo jueves. Si la conversación fluye bien, lo dejamos a cenar.

Llamó después al jefe de Inteligencia y pidió un parte sobre Zarlenga; convocó a continuación al jefe del equipo de comunicación presidencial, y solicitó un *reel* con los momentos más salientes en las apariciones televisivas.

A medida que transcurría el día en su despacho, con llamadas y reuniones varias, en los ratos libres de ajetreo que le dejaba su labor, la imagen del falso Perón venía a la cabeza.

Estaba prevista una reunión a las 15:30 con un grupo de trabajo a cargo de la emergencia hídrica en Santa Fe, pero canceló su presencia y le encomendó a un secretario de Estado que asistiera en su lugar. Era más importante conocer a fondo al bailarín.

Al cabo de una hora, llegaba el material a su escritorio. Eran ya las cinco de la tarde y empezaba a sudar, porque en la Casa Rosada era deficiente el sistema de aire acondicionado: cuanto más arreciaba el calor, más fallaba, parecía a propósito. ¡Cosas de país bananero!

Se sacó los zapatos y puso la cinta en el equipo de VHS de la oficina. Al instante, desfilaron en su pantalla esas imágenes que ardían. En su opinión, la baja estatura, resaltaba aún más las facciones peronoides.

Zarlenga había crecido de la mano de Pentateuco. La audiencia apreciaba sobre todo sus *sketches* en el programa de baile, que constituían el punto cúlmine de su carrera: ahí aparecían las secuencias en las famosas cámaras ocultas que cada noche hacían reír a millones (con un overol junto a una cuadrilla de empleados municipales derribaba la casa de una señora, la que terminaba postrada *de en serio* por una apoplejía); también lo mostraban en una variedad de *bloopers* (cayéndose de cabeza en un inodoro, resbalando en un piso de cerámica); y finalmente, en su participación estelar en *Bailando con Pablo y las Estrellas*: danzando con las vedettes más sensuales el tango, foxtrot, flamenco y rumba.

El *reel* cerraba con una apoteósica imagen del enano en unas calzas apretadas, con la música de *Flashdance* de fondo. ¡Lo que se marcaba en la entrepierna de este personaje llegaba casi hasta la rodilla! La insigne ocupante del sillón de Rivadavia se rio avergonzada, después hizo *zoom* y lo verificó otra vez. Estaba divertida y un poco excitada.

Se aflojó la blusa y se abanicó suavemente con un documento secreto. Pidió a la confitería que le trajeran una copa de champagne y un tostado de jamón y queso.

Los Titanes habían convocado a una sesión extraordinaria para ese jueves de febrero en El Cascote, contraviniendo la costumbre de décadas de emborracharse los martes, para revisar sus planes a la luz de las revelaciones de Ernesto Farabundo.

El gallego José, un republicano de Vigo, que había sido depositado en la zona sesenta años atrás, les servía sus colaciones. Aún le quedaban

a su bar los viejos afiches de corridas de toros, tiznados banderines de clubes de fútbol, una foto de Gila (el Dr. Tangalanga español), y alguna apollada pata de jamón que colgaba de una viga. Las mesas eran reliquias de otro tiempo, de madera maciza oscurecida por el roce de varias generaciones de habitués: primero peones rurales, luego trabajadores golondrina, ahora exoperarios que sobrevivían como podían.

Ese día, acodado en el mostrador, estaba el escribano Eduardo Artime. Lucía ese mirar ladino y gastaba esa labia vertiginosa, con la que solía expresar enrevesados razonamientos jurídicos al borde de la ley, él había contribuido a la decadencia nacional con un desparramo de damnificados a lo largo de una accidentada y provechosa carrera profesional. Su hijo Eduardito, un eterno estudiante de abogacía, lo secundaba en sus trapisondas, esperando heredar algún día el registro notarial, aunque cada día con menos esperanzas, porque era duro de molleras.

Artime y su vástago habían acudido a la reunión en El Cascote, en ese año de 2008 que abría con un moderado optimismo (las zonas conflictivas del mundo seguían siendo conflictivas, pero estaban lejos de Argentina, las economías de los países de Sudamérica crecían al 6% anual), aunque más adelante se iba a convertir en catastrófico en muchos sentidos.

Finalmente llegaron el Hombre Polilla, el Tahúr y el Gitano Ramsés.

—¿Cómo le va, escribano? —saludó el Polilla.

—Yo, estupendamente.

—El hijastro de Montone nos dijo que los de Estuarios están armando una movida contra nosotros.

—Sí, es lo que suponíamos. Yo les quería comentar de un ligero cambio que pensé para nuestra estrategia. Hay un cliente mío, un muy amigo mío, que tiene una empresa que construye casas prefabricadas... Este hombre licitó en Estuarios para levantar las unidades piloto. Apparentemente, este va a ser un barrio dirigido a la nueva burguesía, a los contratistas amigos del gobierno.

—Sí, el chico nos dijo algo de que vio un Monumento al Descamisado. ¡Yo no entiendo más nada!

—Momentito, por favor. Les hago esta pregunta: ¿qué pasa si el día en que salen oficialmente a venderlo, Dios les vuela todas las casas de madera a la mierda? —dijo Artime.

—No entiendo. ¿Cómo vamos a hacer que Dios les vuele las casas a la mierda?

—Provocando un tornado.

—¿¡Eh! —gritaron al unísono.

—¡Está loco!

—Me está tronando el bocho, me hirve la cabeza, ¡no se entiende más nada! Pero... pero supongamos que es posible, ¿qué ganamos con eso?

—Mediáticamente, los va a destrozar, no le van a poder vender ni un lote a nadie. Es más, muchos lo van a interpretar como una señal divina: una venganza de los dioses querandíes. Un disgusto del alma de Eva Perón —razonó Artime.

—¿Te parece que eso va a alcanzar? A esta gente solo le importa la plata...

—Sí, pero imagínate una cosa. Si este aparato funciona como yo pienso que funciona, va a surtir un efecto como el de la bomba atómica sobre la Segunda Guerra Mundial. Se van a tener que dar por vencidos, porque si no, les vamos a hacer volar literalmente Estuarios por los aires.

Artime abrió su eterno ataché de cuero negro, un sobreviviente de cientos de causas judiciales desde el regreso de la democracia, y extrajo de él un plano azul, lleno de indicaciones y con vistas horizontales, verticales y diagramas. Y, a continuación, otros papeles. Mientras se calzaba los anteojos en el puente de la nariz, se mojaba los dedos con saliva para pasar las páginas, como esos lectores profesionales del Clarín.

“Vean esto, para que ustedes lo entiendan”. Presentó un dibujo muy sencillo, con una vista de la Tierra que separaba troposfera, estratosfera y ionosfera. A continuación, mostró unas fotos de lo que parecía una granja de antenas en un campo nevado.

—Estas son las antenas del proyecto HAARP, en Estados Unidos. Durante un montón de tiempo, se dijo que eran teorías conspirativas, luego se demostró que existían de verdad. Bueno, estas antenas inyectan electricidad en la ionosfera para redirigir las ondas eléctricas que se encuentran allí.

Los Titanes lo seguían todo a duras penas y con el ceño fruncido, algunos incluso rascándose la coronilla en un gesto simiesco, pero sin desviar la atención.

—En el Instituto Balseiro, en Bariloche, se está desarrollando una máquina de intervención climática que cabe en una camioneta. Esto se supone que es un proyecto supersecreto, aún en fase de prototipo. Gracias a mis contactos he podido conseguir el plano de la máquina. Aquí está —dijo Artime, y dispuso ahora los diagramas azules que había hecho entrever al principio—. Esta máquina se dedica a torcer el curso de tornados con un principio similar a las antenas del HAARP, pero con una diferencia que permite reducir el tamaño, aunque con el costo de una menor precisión en la dirección y el espectro de su acción. Digamos que las antenas de HAARP son un láser y esto es una escopeta a perdigones.

—A ver, a ver... ¿Usted nos está diciendo que un aparato en una valijita puede hacer aparecer o desaparecer un tornado, tirarle rayos a la atmósfera, hacer y deshacer el clima? ¿Qué nos vio, cara de boludos?

—En teoría, esto es así, y no lo digo yo, lo dice gente de ciencia. Bueno, en realidad el derecho también es una ciencia. Pero ciencia-ciencia, digo.

El escribano los convenció de que era crucial hacerse con la posesión de este aparato para que no los expulsaran de sus casas.

—Pero ¿cómo?

—Necesitamos formar un equipo comando que ingrese al Balseiro y se apropie del prototipo. Mi amigo el constructor me va a garantizar que las casas serán vulnerables, para que a la máquina no le de trabajo provocar un tornado devastador —agregó Artime.

—¿Y nosotros qué pito tocamos en todo esto?

—Ustedes, con su experiencia y su fuerza física, pueden llevar adelante esta operación mejor que nadie. Miren acá.

Los Titanes se asomaron al mapa que desplegó el escribano. Este sucumbió al gesto de humedecerse la yema del dedo índice y señaló dos cuadrantes bien distantes: “Aquí estamos. Acá está Bariloche”.

Artime intentó el primer esbozo de un plan logístico. Se trataba de algo más que unir dos puntos del mapa. Era una operación riesgosa, llena de peligros y de complicaciones, como la de no tener apoyos en caso de que alguna cosa fallara. Era trabajo para ninjas. Debía funcionar milimétricamente la ejecución y ajustarse a lo planificado.

—Dudo seriamente escribano —dijo el Gitano—, que seamos capaces de semejante proeza.

Pero todos dieron por sentado que solo él entre ellos, puesto que manejaba una remisería y coordinaba los viajes de veinte choferes, poseía la *expertise* logística necesaria para que la planificación y ejecución del robo de equipamiento militar, a dos mil kilómetros de distancia, tuvieran éxito.

Artime delineó un plan posible.

Uno: para despistar y no hacerse muy evidentes, los Titanes debían tomar un colectivo de larga distancia a Carmen de Patagones. 580 pesos por persona, once horas de viaje, diez paradas.

Dos: abordar el tren Transpatagónico, aquel que cruza toda la provincia de Río Negro, empezando en Viedma y terminando en Bariloche.

—¿Por qué no vamos directo a Viedma?

—Cuantas menos huellas dejemos en el camino, mejor. Es más, el cruce de Patagones a Viedma, lo haremos nadando.

Pasaron por alto, en ese momento, lo que parecía algo raro, cruzar a nado... pero como nadie conocía Carmen de Patagones, no dijeron nada.

El precio del pasaje de tren era de 930 pesos adicionales por cabeza.

Anotaban los costos en una servilleta con manchas de dulce de leche. El Escribano iba a financiar los gastos del viaje.

Empezaron, ahí sí, algunas divergencias. ¿Y si bajaban del tren en Los Menucos, gastaban la mitad del dinero y arrendaban o compraban unos caballos para hacer el resto del trecho montando? Trazaron rápidamente un cronograma de tiempos, los requerimientos logísticos de alimento para los caballos, qué distancia aproximada puede recorrer un animal por día, etcétera.

Ese parecía el plan más atractivo, porque hacía rato que ninguno de los tres se tomaba vacaciones; de esa manera podrían conocer el interior de la provincia de Río Negro, encima todo de arriba, con el dinero del escribano Artime.

—Pero es cierto que cada parada del camino abre un nuevo abanico de posibilidades de imprevistos y potenciales problemas —dijo el escribano.

—Todo va a salir bien —acotó el Gitano.

—Es cierto, si alguna vez nos cargamos al Hombre Lobo y al Ninja Blanco, ¿te parece que no vamos a poder robarle una máquina del clima a esos profesores de física, ratones de biblioteca?

—Sí, tenés razón. Ni se les debe parar el pito...

Paso tres, y anteúltimo: desde Los Menucos debían apegarse, a caballo, dromedario o lo que fuese, al recorrido del ferrocarril: Maquinchao, Ingeniero Jacobacci, Pilcaniyeu y finalmente Bariloche.

Mariano García llegó tarde a la reunión. Entró al bar, saludó y, antes de ir a la mesa, se dirigió hacia el *toilette* del gallego. Se sentía agradecido de que en algún baño de bar en Buenos Aires siguiera existiendo el perfume de orina humana saturada de café y tabaco, filtraciones estructurales de humedad y naftalina humedecida, tan común en los viejos billares porteños que, a mediados de los 90, empezaron a desaparecer para dar lugar a otros comercios, al tiempo que los bares y bodegones de españoles se reconvertían en horripilantes enclaves de fórmica y lámparas dicroicas.

Cuando volvía a la mesa, recibió una llamada en su celular. Todavía en ese entonces, la gente pensaba en su móvil como una prolongación del teléfono de casa; era como un inalámbrico de alcance extendido, no el dispositivo computarizado que nos esclaviza a toda hora y, estoy seguro, es soporte de la red de espionaje más perfecta alguna vez conocida por la humanidad. (Perdón, continúo).

En el celular, estaba un funcionario del Instituto de Asuntos Indígenas. Informó a García sobre una modificación a la Ley de Hábitat y Vivienda Digna, que se trataría para fines de abril. Sabía que esta información iba a ser de su interés, decía, porque uno de los efectos secundarios de la ley —en realidad, el objetivo principal— sería facilitar la erradicación de algunos barrios populares ubicados en sitios estratégicos, como era el caso de Villa Etruria, con el fin de favorecer los negocios privados.

Así que el pendejo tenía razón. Tuvo la certeza de que no se trataba solo de rumores de los vecinos o conjeturas de Artime: si se hablaba en el Congreso, la expropiación iba a ocurrir.

García se acercó a la mesa donde discurrían Artime y los Titanes.

—Oigan, esto es cierto. Me acaban de confirmar que se va a tratar en el Congreso una ley para erradicar la villa.

Hubo un gran revuelo. Las cosas dejaban de estar en el plano teórico, en la especulación cirrótica de unos exluchadores que ni siquiera pegaban en serio, un falso indio y un escribano tráfuga. Los planes tendrían que empezar a trazarse con un cronograma cierto. Surgió un griterío, una confusión de voces que se atropellaban mutuamente.

Y las preguntas. Una vez en Bariloche, ¿cómo podrían los Titanes ganarse la confianza del personal del Instituto para que les franquearan la puerta y poder robar tranquilos la máquina de tornados? No lo sabían. ¿Quizás ingresando como proveedores? En una de esas, podían lograrlo sin trámites lentos y engorrosos. En eso los podría ayudar el escribano, que tenía contactos en el Centro Nacional de Energía Atómica.

—Bueno, el tema es ¿qué hacemos una vez que llegamos y estamos adentro?

—Eso déjenmelo por mi cuenta —dijo misteriosamente el Hombre Polilla.

Usando una vieja computadora que el dueño tenía junto a la caja registradora y desde la que leía la prensa deportiva española a toda hora, se metieron en una página de venta de pasajes de ómnibus y reservaron sus vacantes en el tren patagónico. Alguno dijo que la compra era un poco apresurada si no había un plan de inteligencia previo que determinara las fechas más propicias para el golpe, pero fue acallado. Había algo de irresponsable estudiantina en todo eso.

Prevaleció la idea de que era mejor actuar rápido y aprovechar el factor sorpresa. Al final, le presentarían la factura detallada de gastos al escribano.

—Muy bien, señores, vayan preparando todo. El 20 de febrero salimos para allá. —dijo el Gitano, a quien habían aceptado tácitamente como líder de la operación.

—De acuerdo, ahora, para repasar —dijo el Hombre Polilla—: yo me encargo del tramo final, Ramsés de la logística y supervisar la ejecución de la estrategia y vos de la seguridad.

—Sí, está bien. Pero ¿se pueden devolver los pasajes? —dijo el Tahúr.

—¿Por qué?

—Pienso, ¿no? ¿Para qué vamos a viajar en colectivo si tenemos los remises del gitano?

—Momentito, momentito. Con esos coches yo le doy de morfar a mi familia, loco. Yo no voy a poner la flota de mi remisería para hacerla pelota.

—No se hable más —dijo Artime.

El escribano pidió una ronda de Cynar con un gesto de *urbi et orbi* y cerró el trato. Y añadió:

—Este es un día histórico para Villa Etruria. En los anales, seremos recordados como San Martín, O’Higgins y Bolívar.

—¡Bravo! Ahora vamos a descansar, nos quedan todavía semanas de planificación. Tenemos que coordinar los trabajos que va a hacer cada uno —dijo Artime.

—Repasemos: el hijastro de Montone, García, los indios, los Titanes, Artime —enumeró con los dedos de una mano el Tahúr.

—Al intendente lo vamos a tener guardado el pibe y yo. Yo me voy a encargar de pedir el rescate, me las va a pagar todas juntas ese —dijo el cacique.

—Ahora, ojo con que el pendejo no se nos vaya a ir de las manos. Dice que quiere hacer una guerrilla.

—Y, sí, es normal que los pendejos quieran cambiar todo, dejarlo patas para arriba. Pero no tenemos que perder de vista nuestro objetivo: que Estuarios se vaya con su Santa Evita a otro lado. Me parece que es correcto lo que plantea, pero únicamente para que los medios nos den pelota. O sea, si nos ponemos con pancartas a cortar la calle, diciendo “somos un grupo de vecinos autoconvocados, etcétera”, no nos van a dar pelota. Ya lo hicimos: la olla popular, el tirarles flechas a los curas... A ver, muchachos, esto es Argentina. Acá hay gente que vive en villas miseria radioactivas y a nadie le importa, se mueren chicos de hambre, la gente no tiene agua potable, hay gobernadores que están en el poder hace más de treinta años... ¿Y? Bueno, para que no nos digan a nosotros también “me chupa un huevo”, la idea del ejército guerrillero está buena.

—Una pregunta, ¿no nos convendría tener una página web? —dijo alguno de los narcos.

—Sí, el Che Guevara ya hizo una.

El gallego limpió la mesa. Siempre esa era la última. Apagó las luces violetas con las que intentaba en vano ahuyentar moscas, bajó la persia-

na metálica y se fue a dormir a la trastienda. Murmuraba, una vez más, sobre lo generosa que era la Argentina, país que permitía que gente tan peligrosa estuviera en libertad, siempre conspirando contra el sistema. Desde hacía sesenta años había visto surgir y desvanecerse esas fugaces asociaciones más o menos lícitas, a veces con el fin de una estafa o el negocio que salvaría las vidas de los confabulados y otras para una revolución que liberaría al Pueblo de algo. Qué sabía él si no era todo lo mismo, si la revolución no era una estafa y si la estafa no era una revolución. Pero espantó esas ideas ociosas rápidamente. Durmió con sueños apacibles, como cada noche. Y al día siguiente, como todos los días, volvió a abrir.

9

A once mil kilómetros, estaba paseándose por Montmartre Pino Fasullo. Para ser un kamikaze de la Revolución, gozaba de muy buena salud. Se podría decir que hasta mejor que cuando estaba vivo en Buenos Aires, en los años de su juventud.

En su departamento de la Rue San Vincent, en una subida del terreno, ahí donde París se hace más alta, Pino Fasullo tomaba ese día su rutina diaria de caminata, la copita matinal en el *Lapin agile* y la infructuosa búsqueda de turistas maduras, a las que ojeaba y clasificaba como un predador.

Había llamado a Cronotopo para compartir un almuerzo en *Le Cinq*, como cada vez que necesitaba realizar un verdadero *brainstorming*.

Vio pasar un providencial taxi frente a su edificio. Pero una vez dentro del reluciente auto de alquiler, quiso cancelar el viaje y hacer el trayecto a pie: un enorme antillano de piel oscura lo saludaba con una inclinación de cabeza.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué había pasado con la Francia de Breton, de Cocteau, que él había imaginado en su exilio? ¿Por qué lo único que veía sucederse en la capital parisina eran los rostros de la colonia que, como un estribillo maldito, volvían en horda a la metrópolis? Musulmanes, negros, asiáticos, ¡qué barbaridad! ¡Literalmente!

Cronotopo todavía no había arribado a *Le Cinq*; no le molestaba esperarlo. Inmediatamente, el restaurante del George V le transmitía dicha y paz. Se sentía habitar la esencia del carácter francés. El rigor con el que estaban tendidos los manteles y planchada la ropa blanca del personal se conjugaba con la refinada sensualidad de los sabores y los aromas de la carta.

Un joven mesero, de quien pronto supo que hablaba también español, con acento caribeño, lo condujo a la mesa reservada, entre la hermosa *boiserie* y la luz diáfana e invernal de los ventanales.

Pino sacó su libreta y empezó a anotar los versos que se le habían arracimado en el preconscious mientras iba de camino. Al pasar por una pequeña, deliciosa, capilla medieval, recordó un encuentro con Ernesto Cardenal, hacía ya cuántos años... Entonces, en una París todavía potable, esa persona tan excepcional le había explicado un par de cosas sobre la Poesía, el Amor, la Revolución. Ah, *quelle jolie temps...*!

Empuño mi palabra
como una rosa que se abre la bragueta
mi *mot juste* como un fusil
del 22, lechucero
para disparar echar el certero tiro
a tu mundo podrido
che, burgués

En ese momento, de gran inspiración y movilización de recursos psíquicos en el que estaba embarcado Pino Fasullo, apareció el mesero; con una sonrisa se disculpó por su interrupción y le sirvió un poco del Armagnac que había ordenado.

Contrariado, alzó la vista e hizo una leve inclinación de cabeza. Se mojó los labios con el precioso elemento y volvió al poema.

Le gustaba la asonancia de “tiro” y “podrido”, aunque no encontraba un apoyo de rima interna para “burgués” si desaparecía “lechucero”.

—¿Escribe poesía el señor? —dijo el mozo.

Incrédulo, le parecía haber recibido una gran ofensa, como si le hubiesen propinado un salvazo.

En primera instancia, decidió ignorar. Pero recapacitó y se dijo que no se podía tolerar, dejar pasar así, sin más, semejante ignominia. ¿Eran

estos, acaso, los sacrosantos principios de hotelería en los que un establecimiento como el George V entrenaba a su personal? ¿En qué irían a parar las osadías y atrevimientos de este *métèque* si nadie lo detenía a tiempo?

Dando otro sorbito de Armagnac, miró distraídamente al mesero.

—Sí, ¿vos escribís también?

—Me gusta, sí. Me gusta mucho Mario Benedetti, es compatriota del señor, ¿sí tal vez no me equivoco?

—No, pibe. Yo soy argentino. Vos, ¿de dónde sos? ¿venezolano, guatemalteco?

—Soy de El Salvador, señor.

—Ah, pero tenés la piel blanca...

El chico se puso tremendamente colorado. Articuló un confuso, “con permiso”, limpió unas migas de la mesa y se retiró silenciosamente.

Ahora sí, Pino podía volver a componer su poema.

Dedede

Lalala

Momom

Era inútil. Lo había perdido todo.

Por entre las palmeras que flanqueaban el arco de entrada, apareció Cronotopo, alto, corpulento y con una abundante cabellera blanca. Sonriente, le dio un abrazo a su camarada, al legendario luchador de mil batallas, la pesadilla viviente de la burocracia sindical, el cuadro imaginativo y audaz que resolvía las más complicadas situaciones de combate con arrojo y entrega.

Luego del sonoro abrazo, que significó quizás una nota de color para el resto de los comensales del mediodía, se sentaron con gran parsimonia, tintineando Cronotopo contra la vajilla sus famosos gemelos, que recreaban en platino, topacios y zafiros el escudo del Partido Justicialista.

El menú de nueve pasos se puso en marcha apenas estuvieron juntos a la mesa.

Empezaron con unos ostiones crudos marinados en extracto de li-chi, que acompañaron con un *riesling* alemán.

Pino le hizo un gesto a su camarada, dando a entender que el mozo que los servía hablaba español y podía enterarse de los planes para producir el ajuste de cuentas que cambiaría de una vez el devenir de la democracia en Argentina y, quizás, en toda Latinoamérica.

—No sé si estuviste leyendo la prensa argentina estos últimos días.

—Sí. ¿Por?

—En la manifestación que hubo el otro día frente al ministerio de Defensa, había un grupo con una pancarta, Alianza Restauradora Argentina, ¿los viste?

El justicialista extrajo de su maletín recortes de periódico, marcados con círculos y anotaciones en rotulador rojo.

—Mirá a este tipo...

—No puede ser. ¡Geniol!

—Exacto, del batallón 601. Lo perdimos de vista durante un montón de tiempo. Pero estuve investigando, y resulta que esta supuesta Alianza Restauradora son un montón de represores que están conspirando.

—Tenemos que actuar. Hay que defender nuestros valores eternos: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad! —dijo Pino.

El joven salvadoreño se acercó con la tercera entrada del menú de nueve pasos. Miraba de reojo, como diciendo, “con qué gusto te escu-

piría en el plato, argentino de mierda”, aunque con una sonrisa profesional, a pesar de todo.

—¿Vos viste lo que es esto, Crono? Ya no quedan franceses acá. Son todos chinos, negros, árabes. ¿Dónde está la clase de este lugar, si puede entrar cualquiera...? —dijo Pino.

—Esto es el capitalismo, Pino; acá manda la billetera, papá.

El intelectual permaneció masticando en silencio, como ponderando los alcances de esa verdad de su amigo y compañero. Mientras tanto, en sus papilas se producía un fenómeno de saturación cercano al éxtasis.

—El *gratin* de cebollas estaba *espegtaculag*. ¿Sabés qué? Me quedé con ganas de *comeg* las *mollecas* de la *cagta*. ¿Las pedimos? —dijo *monsieur* Fausullo.

—¿Dónde están? —preguntó Cronotopo.

—Acá: *Noix de ris de veau gratinée*, €120.

—Uh, hace tanto que no como mollejas...

—Sí, este *lugag* me *recuegda* a cómo las *sigven* en *Aggentina*. ¿Cuántos platos de *mollecas* te comés por ciento veinte euros en *Aggentina*? Bueno, las pido —dijo Pino y chasqueó los dedos con elegancia.

De tanto hablar y proyectar atentados, se habían acabado la botella del *riesling*. Así que repusieron la bebida, ordenando un vino blanco portugués cosecha 1986.

—Quizás el último gran año de la Argentina, Pino —dijo Cronotopo.

—¿Por haber ganado el Mundial? No sabía que te gustaba el fútbol.

—No solo eso: el Proyecto Patagonia, River Campeón de América, la Ley de Punto Final...

—Pará, nosotros estamos en contra de esa Ley.

—Ah, ¿sí? Puede ser, bueno, ya no me acuerdo. Chin, chin.

Siguieron degustando las maravillas de la carta. Pino se limpió edu-

cadamente los labios con la servilleta, se aclaró la garganta con un poco del *vinho verde* y volvió a tomar el recorte de periódico.

—Lo que no entiendo es cómo un grupo de viejos de mierda, porque estos que aparecen en la foto deben andar por arriba de los setenta, puede hacerle mal a la democracia.

—Precisamente porque son unos viejos de mierda. Son la avanzada, el mascarón de proa. Ay, “qué viejitos más tiernos, qué injusticia lo que les están haciendo pasar, la verdad que con los militares no pasaba todo lo que pasa hoy”, etcétera.

—Pero atrás de ellos...

—¡Exacto! Atrás de ellos viene la misma caterva de siempre: la Sociedad Rural, la Banca Baring, los grupos mediáticos hegemónicos, el BID, el Banco Mundial, la nueva camada de oficiales, brigadieres y almirantes. Pero si damos un golpe certero...

—Le *cogtamos* la cabeza a la hidra.

—Correcto, no necesitamos más que un grupo chico, una célula.

—¿Y sabemos todo?

—Tengo identificado dónde viven y dónde se reúnen, hasta conseguí las actas de sus encuentros: una preciosura. Mirá esto:

Nuevamente, en el territorio argentino se conjura la amenaza de la agresión subversiva. La ideología de la violencia, que nosotros erradicamos a sangre y fuego, no dejando piedra sobre piedra, ha vuelto a introducirse en la educación y la cultura, en las agrupaciones políticas hegemónicas y en el Aparato del Estado que ellas controlan.

En la reunión del día de la fecha, la cúpula de la Asociación Restauradora Argentina resuelve dar batalla desde los campos simbólico, informativo y cultural, en el que nuestro frente ha sido derrotado sistemáticamente desde la posguerra sucia, de tres maneras:

Probar la veracidad de lo expresado por la Junta Militar en su “Documento final” de 1983.

Desenmascarar a los beneficiados con el llamado “curro de los dere-

chos humanos”, mediante las siguientes modalidades:

Denunciando los casos de personas declaradas como desaparecidas, que luego aparecieron y desarrollaron una vida normal, sin que esta circunstancia hubiera sido puesta en conocimiento de las autoridades.

Divulgando los montos y condiciones de las pensiones resarcitorias, que consideramos inmorales e improcedentes.

Investigando a las organizaciones, asociaciones civiles y las llamadas del “tercer sector” que delincan amparadas en figuras o emblemas relacionados con los derechos humanos.

Instalar en la opinión pública la necesidad de la vuelta al Poder de un nuevo Proceso de Re-Reorganización Nacional.

¡Subordinación y valor!

Asociación Restauradora Argentina

—Qué los parió. ¿Qué los picó a estos, ahora?

—¿Vos conocés algún desaparecido que cobre pensiones del gobierno?

—No.

—Yo tampoco.

Cuando vino la cuenta, hicieron el ademán de invitarse mutuamente. Pero terminaron dividiendo el total equitativamente. Cuatrocientos cincuenta euros por persona.

—¿Qué hacemos? ¿Dejamos propina?

—¿Vos estás loco, con lo que cobran estos hijos de puta?

Y salieron del restaurante, profundamente satisfechos y un poco achispados por el vino. Pino se volvía a Montmartre, Cronotopo a cierto edificio oficial de la Rue Lauriston.

Cada cual regresaba a su madriguera, a terminar de cumplir sus compromisos.

—Respecto de lo que hablamos, Pino, me parece que tenemos que pedir ayuda.

—Sí, de acuerdo. Tenemos que ir a ver a La Máscara de la Muerte Roja.